AMERICA INDIGENA

ORGANO TRIMESTRAL DEL

INSTITUTO INDIGENISTA INTERAMERICANO

Director: MANUEL GAMIO

Secretario: JUAN COMAS

Vol. XII | MEXICO, D. F., ABRIL, 1952 | NUM. 2

SUMARIO

EDITORIAL:

La Salud del Indio 99

Health conditions among the Indians 101

ARTICULOS:

Action Anthropology, by *Sol Tax* 103

El hábito de la coca en Sudamérica, por *Carlos Gutiérrez Noriega* 111

Hijos olvidados. La historia del pueblo de descendencia mexicana en los Estados Unidos, por *Ramón E. Ruiz* 121

El complejo cultural en el Perú y el Primer Congreso de Peruanistas, por *José María Arguedas* 131

La educación indígena en las selvas de Bolivia, por *Max A. Bairon* 141

Brasil indígena, por *A. S. Oliveira Júnior* 149

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS:

Historia de las Indias, por Fray Bartolomé de las Casas *(Juan Comas)* 157

Populations primitives du Maroni-Guayane Française, par André Sausse *(Juan Comas)* 161

Colaborador Técnico: LAURO J. ZAVALA

Maderas de Alberto Beltrán

COLABORADORES

Sol Tax, norteamericano. Doctor en Antropología. Fué investigador de la Carnegie Institution of Washington. Actualmente Associate Dean de la División de Ciencias Sociales de University of Chicago. Ha hecho investigaciones de campo entre los Indios Apache, Fox, Menominee, Pottawatomie, Quiché, Cackchiquel, Zutugil, Zinacantecos y otros. Ha publicado numerosos y notables trabajos de su especialidad.

Carlos Gutiérrez Noriega, peruano. Una de las figuras más relevantes de las ciencias médica y psiquiátrica peruanas. Como Indigenista se destacó al estudiar con interés particular el coqueo en Sudamérica y varios problemas antropológicos de su país. En las pp. 98-102 de nuestro *Boletín* correspondiente a 1951 publicamos una semblanza de este malogrado valor continental.

Ramón E. Ruiz, norteamericano. Ph. D. por la Universidad de California, en donde es Instructor en el Departamento de Historia. En 1950-51 estuvo becado para hacer investigaciones en México sobre el movimiento indigenista. Hijo de padres mexicanos; se ha preocupado durante muchos años por los problemas del pueblo de descendencia mexicana en los Estados Unidos.

José María Arguedas, peruano. Hizo estudios antropológicos en el Instituto de Etnología de la Universidad Mayor de San Marcos. Actualmente colabora en la Dirección de Educación Artística, donde es Jefe de la Sección de Folklore y Bellas Artes, institución en la que se está haciendo un importante trabajo de recopilación de materiales sobre la cultura peruana, mediante la cooperación desinteresada de unos 2,000 maestros.

Max A. Bairon, boliviano. Educador que ha ocupado importantes puestos en su país, como Vocal de Educación Indígena y Rural en el Consejo Nacional de Educación; Jefe del Departamento de Educación Rural, etc. Con hondas preocupaciones por el problema indígena ha escrito varios trabajos sobre este tema y ha tenido experiencias de campo entre los grupos Aymara y Keshwa.

Antonio Dos Santos Oliveira Júnior, brasileño. Socio fundador del Centro de Estudios Arqueológicos de Río de Janeiro. En los últimos años ha desarrollado una intensa labor periodística en favor de los indígenas y ha prestado su valiosa cooperación al Conselho Nacional de Proteção aos Índios, donde ha ocupado el puesto de Secretario Interino. Colaborador inmediato del general Cândido M. da Silva Rondon.

EDITORIAL

LA SALUD DEL INDIO

Con frecuencia se nos interroga respecto a las condiciones de salubridad en que se desarrollan los habitantes de origen autóctono de los países americanos y principalmente de los indo-ibéricos; en términos generales no podemos responder con conocimiento de causa a tales preguntas, porque es muy difícil y en ocasiones imposible obtener información fidedigna y datos correctos sobre el particular.

Se conocen con relativa certidumbre las altas cifras de mortalidad y morbilidad de poblados aborígenes muy cercanos a centros urbanos, así como de aquellos que aunque están alejados cuentan con servicios médicos.

En los muchos millares de pueblos indios del Continente en que no hay tales servicios, sólo puede saberse aproximadamente el número de personas que mueren, pues tales datos son conocidos y aún cuantificados con mayor o menor acierto por las autoridades civiles y por los curanderos; en cambio, no hay en esos poblados dato alguno fidedigno respecto a morbilidad; nadie sabe a punto fijo qué enfermedades causaron tales muertes, pues no hay médicos que las certifiquen y la opinión de los curanderos es, con raras excepciones, convencional y desautorizada; consecuentemente en tales lugares las enfermedades florecen de manera espontánea y sólo en casos excepcionales en que originan muy alta mortalidad se pide ayuda a las autoridades sanitarias federales y estatales; huelga decir que en muchos de esos poblados no se exigen satisfactorios certificados de defunción para el sepelio de los muertos.

En cuanto a los grupos más primitivos que son estrictamente monolingües, predominan en ellos supervivencias culturales precolombinas y discurren nomádicamente por regiones muy lejanas, aisladas y carentes de comunicación, nada se conoce prácticamente acerca de su mortalidad y morbilidad; sólo sabemos que ambas han alcanzado o alcanzan muy grandes proporciones al comprobar que muchos idiomas y dialectos indígenas se extinguieron no porque los haya sustituído la lengua española, la portuguesa u otra de origen occidental de las que se hablan en América, sino porque quienes las hablaban han desaparecido; recuérdese que ciertos grupos de ese género moradores de las cuencas de los ríos Amazonas, Orinoco, Usumacinta, etc., que no hace mucho tiempo se contaban por millares apenas ascienden hoy a algunos cientos; caso concreto y muy conocido en México respecto a esos agonizantes sectores sociales es el de los Lacandones de Chiapas: No creemos

que éstos sean actualmente más de 250,[1] en tanto que hace 50 años se contaban por miles.

Lo arriba expuesto preocupa hondamente al Instituto Indigenista Interamericano, pues en él se considera que lo que en primer término debe atenderse en la población aborigen del Continente es a su desarrollo biológico, contrarrestando para ello las deficiencias que lo caracterizan y en primer término las que motivan la exagerada mortalidad de que se ha hecho mención.

De tan difícil problema se han dado múltiples interpretaciones, pero la solución más satisfactoria, que cuando menos temporalmente puede proponerse, consiste en suplir, dentro de lo posible, la falta de servicios médicos en los poblados aborígenes que carecen de ellos.

Como ya hemos expuesto en estas columnas, el sistema empleado ha sido el de entrenar a curanderos regionales hasta lograr hacer de ellos enfermeros de la más modesta categoría, pero más eficaces que lo que antes eran, habiendo sido una de las más interesantes experiencias a tal respecto, la del Dr. Michel Pijoan, quien, comisionado por este Instituto y por el Instituto Indigenista Nacional de Washington, impartió enseñanzas y conocimientos a los indios "Misquitos" de la costa atlántica de Nicaragua. Naturalmente que al establecerse servicios médicos permanentes en esos poblados o siquiera servicios periódicos, la actuación de tales empíricos cesaría en general de modo automático; no decimos total, pues dadas las peculiares supervivencias culturales en los países Indo-Ibéricos, resulta que aun en la capital de esas Repúblicas persiste la acción de aquellos curanderos entre ciertos estratos sociales.

Sin embargo de lo expuesto, algunas personas muestran aún cierta inexplicable animadversión hacia los descritos procedimientos, por lo que insistiremos en lo que con frecuencia hemos asentado sobre este particular.

¿Es sensato y sobre todo humanitario adoptar una actitud de *laissez faire* ante la terrible situación en que respecto a salubridad se encuentran los millares de pueblos o parajes donde no hay servicios médicos, ni se vislumbran posibilidades de que los haya en muchos años por venir? Indudablemente que no.

¿Por qué pues no aceptar con beneplácito el entrenamiento de curanderos como se hace con todo éxito en varios países, entre ellos México, respecto a las comadronas empíricas de regiones rurales?

---

[1] Franz Blom y G. Duby: "Entre los Indios Lacandones de México", *América Indígena*, IX:155-164.

EDITORIAL

HEALTH CONDITIONS AMONG THE INDIANS

We are frequently questioned about existing health conditions of the Indian population of American countries, and especially those of Indian-Spanish America. Generally we cannot answer these questions with any certitude as it is extremely difficult and at times impossible to obtain reliable information and correct data on this subject.

The high mortality and morbility figures for Indian settlements close to urban centers are known, as well as for those villages, which although distant from urban centers do have medical services. In the many thousands of Indian villages throughout the continent, without medical services an approximate idea of the death rate can be obtained including figures of more or less accuracy from the civil authorities and the *curanderos*. In these villages however, there are no reliable data on the morbility. No one knows definitely the sicknesses that cause these deaths as there are no doctors to issue death certificates, and the opinions of the *curanderos* with a few exceptions, are conventional and unauthorized. Consequently, in such regions diseases flourish spontaneously and only in exceptional cases when the mortality rate has reached unprecedented heights, is help requested of the Federal and State health authorities. Needless to say that in many of these villages satisfactory death certificates are not required for burial.

Practically nothing is known of the mortality and morbility among the most primitive, strictly monolingual groups, who live as nomads in distant, isolated regions without means of communication. We do know however, that these figures are very high. Proof of this is the complete disappearance of many Indian dialects and languages, not because the speaker adopted Spanish, Portuguese or other languages spoken in America, but because these inhabitants simply disappeared.

Many groups of this type, inhabiting the river valleys of the Amazon, Orinoco, Usumacinta, etc., numbered in the thousands a few years ago, and today they barely total a few hundred. A concrete case of these rapidly expiring social groups, is that of the Lacandones in Mexico. About fifty years ago the Lacandon tribe consisted of thousands of members while today we do not believe that even two hundred and fifty members are living.[1]

This is a matter of deep concern to the Inter-American Indian Institute. We feel that the primary preoccupation of Indianism on this

[1] Frans Blom and G. Duby: "Entre los indios Lacandones de México", *América Indigena*, IX: 155-164.

continent should be the biological development of the Indian population, remedying its inherent deficiencies and attacking the causes of the exaggerated mortality referred to.

Many interpretations of this difficult problem have been made, but in our opinion the most satisfactory solution, at least temporarily, is to provide some substitute, as far as possible, for the medical services lacking in these settlements.

We have spoken before in these same columns of the system which was employed. This consisted of training the regional *curanderos* so that they could function as nurses, not of the highest category, but at least much more efficiently than they did before. One of the most interesting experiences in this field was that of Dr. Michel Pijoan, commissioned by this Institute and the National Indian Institute of Washington, who taught and trained the "Misquito" Indians of the Nicaraguan Atlantic coast.

When permanent or periodic medical services are established in these settlements the functioning of these "nurses" would generally come to an end automatically. This does not mean however that all *curanderos* would be eliminated; given the cultural survivals in the Indian-Spanish American countries, to this day and even in the capital of the Republic the services of *curanderos* are sought by certain social strata.

There are some persons who censure this procedure described, despite the horrible existing health conditions. In view of this we ask: Is it sensible and above all humanitarian, to adopt an attitude of *laissez-faire* before the terrible health conditions existing in thousands of villages and distant settlements, which lack medical services? And particularly so when the possibility that these medical services will be introduced is still in the far future. The answer is without doubt —no.

Then, why not accept with goodwill the system of training empirical midwives a system which has proved successful in various countries, among them Mexico?

ACTION ANTHROPOLOGY[1]

By Sol Tax
(United States)

Sumario

El autor hace destacar un aspecto de la "Antropología aplicada" y lo denomina Antropología de acción **con el fin de coordinar los aspectos siguientes: a) la prosperidad de los pueblos sujetos a estudio y b) el desarrollo de nuevos conocimientos. El antropólogo de acción no aplica conocimientos adquiridos con anterioridad a una situación, sino que desarrolla su saber en la misma comunidad sobre la que trabaja convirtiéndola en esta forma en un laboratorio. Sin embargo, el antropólogo de acción no debe tratar a la comunidad como un medio hacia un fin apartado del bienestar de la comunidad, en la misma forma en que un médico no utilizaría tampoco al paciente teniendo como objetivo principal su investigación particular.**

Un grupo de antropólogos de acción han estado trabajando en la Reserva de los Indios Fox y Ft. Berthold donde han desarrollado el método y la teoría de la antropología de acción. El autor discute también algunos problemas de la formación del antropólogo, de la publicación de resultados y de la relación entre el antropólogo y la comunidad en que trabaja.

Some years ago in this journal I published a paper[2] in which I argued that since the scientist is oriented toward solving problems of theory, while the administrator or consultant is directed toward solving practical problems, the applied anthropologist must sacrifice one or the other. The scientific researcher looks to the general, while the administrator needs to know the particular; to combine the two requires the sacrifice in some degree of one or the other or both. I am now in effect reversing that position, and arguing for an activity that pursues both ends equally. I call it "action anthropology" and it requires that the anthropologist move wholly into a problem situation say an Indian tribe or community which is in trouble —and work independently to diagnose and to treat the difficulty in all of its aspects, an to do so as a research anthropologist.

By definition, action anthropology is an activity in which an anthropologist has two coordinate goals, to neither one of which he will delegate an inferior position. He wants to help a group of people to solve a problem, *and* he wants to learn something in the process. He refuses ever to think or to say that the people involved are for him a means

[1] Revision of paper read at 50th Meeting of the American Anthropological Association, Chicago, 1951.

[2] "Anthropology and Administration", *América Indígena*, Vol. 5, nº 1, January, 1945, pp. 21-33.

of advancing his knowledge; and he refuses to think or to say that he is simply applying science to the solution of those people's problems.

Wheter action anthropology is a variety of applied anthropology, or something quite different, depends on one's conception of applied anthropology, which is itself changing rapidly. If applied anthropology presupposes a body of scientific knowledge —compendent empirical propositions— developed by theoretical anthropologists and awaiting application to particular situations when we are asked to do so by management, government, administrator, or organization, then action anthropology is far different. For one thing, the action anthropologist can have no master; he works as a member of the academic community. For another, the action anthropologist realizes that his problem is less the application of general propositions than the development and clarification of goals and the compromising of conflicting ends or values. In fact, the action anthropologist finds that the proportion of new knowledge which must be developed in the situation is very great in comparison to old knowledge which he can apply. He is and must be a theoretical anthropologist, not only in background but in practice.

But of course the action anthropologist eschews "pure science". For one thing his work requires that he not use people for an end not related to their own welfare: people are not rats and ought not to be treated like them. Not only should we not hurt people; we should not use them for our own ends. Community research is thus justifiable only to the degree that the results are imminently useful to the community and easily outweigh the disturbance to it. When the theoretical anthropologist publishes his report of a literate community, he changes the name and disguises it as well as he can —and perhaps keeps away from the place. The townspeople may resent his having used them for some purpose not their own. Sometimes they suppose he has made millions off them. The action anthropologist on the other hand characteristically would not only not publish anonymously but his report is likely to be part of the program itself, participated in by the community. In any case, he has moral justification for expecting the community which gains from his scholarship to help the development of new knowledge that may be used to help others. One may characterize action anthropology by saying that the community in which it works is not only its *subject of study* but also its *object.*

The action anthropologist disclaims pure science also because his method is what I call clinical, perhaps experimental, in the sense that a physician continually improves his diagnosis with tentative remedies. Theory in the field of socio-cultural dynamics requires that we understand not simply the "culture" and its personality characteristics,

and the functional interrelations of institutions, but also the perceptions by people of the alternatives which face them in changing situations. Such perceptions critically influence the ultimate reaction of the society and culture to a change. The best if not only way to test a hypothesis concerning a group's perception of a situation is to change the situation in terms of the hypothesis. Indeed, one may say that description of the culture itself (in such terms) requires a program of action in the same way that diagnosis of a sickness often requires treatment. The interplay between understanding of the situation and doing something about it and understanding it better is so intimate in theory concerning the dynamics of acculturation that simple observation is a wholly inadequate tool.

Moreover, I must emphasize that in this work current theory is never enough. The basic problem that the action anthropologist deals with is community organization, and his chief tool is education. If a teacher in a simple classroom situation must add art and experience to science, and must forever try and change and try again, how much more so must this be true of the action anthropologist who is intent on effecting a total situation that includes perhaps a dependent people, itself split into factions; a bureaucracy which represents power; and surrounding communities of different culture; each with its personalities and its history, its expectations and its views of the others? In such a complex situation his ever increasing storehouse of proved knowledge is useful but never sufficient. He must guess and improvise, and in some degree always play by feel. In order to learn, he must therefore teach; and thus deny himself the simple role of observer, or even participant observer. He becomes in a sense a more responsible scientist, playing "for keeps" in the development of his theory; with the consequences of error a burden heavy upon his own work, his future, and his conscience. Lost then is the comfortable familiarity of objectivity, and the mantle of science as it is usually understood.

Not only is the action anthropologist faced with an array of difficult problems in his work, but he may be suspected by colleagues of deserting the common ideal of building an edifice of theory in terms of tested general propositions of some kind. It is difficult to get funds for work; familiar research patterns are violated. Perhaps it is also difficult to get theses written and accepted.

To some people action anthropology may even be confused with social work. Indeed, we often find ourselves dealing with social agencies, Rotary clubs, missionaries and the like. But it is not social work. This brings me now to the other side of the coin. Just as action anthropology cannot be pure science for reasons both ethical and

academic, so also —for reasons not dissimilar— it can never simply apply knowledge to a practical social problem.

I have said that the corpus of knowledge that may be applied to a situation always falls far short of the needs of effective action. Application of what knowledge there is one takes for granted. Not to turn about to replenish the common pot seems almost immoral. Every situation has its unique elements, and should be reported. One at least hopes that physicians report their cases, and we expect the same of applied anthropologists of all kinds. But to report applications is only the least that we expect. I have indicated that the action anthropologist works relatively little in terms of applying knowledge. He improvises and creates; he learns more from his trials than he puts into them in the way of knowledge. He cannot do his practical work unless he can create new knowledge. Therefore he must be primarily a scholar, oriented to academic ends, and part of the tradition and of the community of scholars. In short, he must be a researcher, with all that this implies.

These then are the reasons why action anthropology must share equally the ends of science and of administration. It does so through community action which educates all factors in a complex situation to their own and each other's goals, to mediate them, clarify them, and eventually make them effective. The method used is related to specific theory coming out of anthropology, sociology, and social psychology. Suffice it to say now that the theory and methods we have been using come from and are adapted to work with *small* groups, even primary groups, rather than large classes of people. I suggest that action anthropology should follow the most common tradition of anthropology and try mainly to understand small communities, and particularly small communities of culture alien to our own. If some division of labor is justified, I would suggest that action anthropology is peculiarly able to deal with such communities of alien culture which are encysted in large societies and in some way subordinated to people of a more or less western industrial culture. This leaves out labor unions, department stores, and so-called modern communities, giving them perhaps to *action sociologists* or others. Perhaps I give us too little scope to operate in, but is still includes most of the world.

It is at least with this kind of group that action anthropologists at Chicago have had experience. The place where we began to learn was among the Fox Indians, a community of four hundred-odd of the only Indians in Iowa. We went there to study traditional anthropological problems. The malaise of the community and sympathy with

individual Indians; interest in social and cultural dynamics; and the ethical considerations mentioned earlier, conspired to turn us into actionist.[3] With this experience we undertook a program in the Fort Berthold reservation in northwestern North Dakota, where 2,300 Indians of Mandan, Hidatsa and Arikera origin are being flooded out by the building of the Garrison dam.[4] As we looked into the technical problems of relocation we quickly realized both that these were incidental to problems of community consensus, which in turn depended heavily on the social structure in relation to whites, and also that our experience with the Fox was surprisingly easily transferable to Fort Berthold. This meant both that the crisis occasioned by the coming of the relocation was incidental, if not unimportant, and that the Fox situation had some easily seen generic qualities. Since then we have noted the similarity in so many American Indian tribes that it is tempting to develop a general theory perhaps applicable also to similar communities all over the world.

The results of these programs will take time to materialize; meanwhile, on the basis of experience thus far it seems useful to discuss several problems in connection with our approach.

First are questions concerning the training of an action anthropologist. I have said that he must be a scholar and researcher —an academic person. In addition, he must have considerable social talents. He must not only be able to get along with the various factions of his community, with the variety of people of the surrounding society, and with government agents, but he must influence them all strongly. Probably we cannot do much toward developing such abilities, and can only select for them. Since persons so qualified are not commonly found among Ph. D. candidates, our problem may be to seek out and develop more.

What training must we give them? The answer is that they are anthropologists, specifically social or cultural anthropologists, and hence require the basic training in general anthropology and the special training in ethnology and cultural dynamics which all of us need. But action anthropologist need special understanding of the structure

---

[3] See particularly papers by Lloyd Fallers, "The Role of Factionalism in Fox Acculturation"; Lisa Peattie, "Being a Mesquakie Indian"; Robert Rietz, "A Discussion of Contemporary Fox Social Organization, together with a Proposal for a Combined Program of Social Engineering and Social Science Research", all M. A. papers at the University of Chicago; and the forthcoming paper of Walter Miller, "The Authority System of the Fox Indians".

[4] See Robert Merrill, "Fort Berthold Relocation Problems", M. A. paper, University of Chicago. Robert Rietz has been engaged in the program as a community worker employed by the U. S. Indian Service.

of society and the dynamics of social action, with the study in sociology and social psychology needed to achieve such understanding. In addition, they must study the experience reported by action anthropologists, and as soon as possible gain their own field experience. Probably the field experience is an integral part of an emotional conversion to action anthropology, and probably such a conversion is necessary for sucess in action.

A second question emerges. If this level of training is necessary, and human material so scarce, how can we expect to solve problems in any proportion of the communities where there are problems? The picture comes to mind of training thousands of action anthropologists to work with Point-4 teams, the Indian Service, the Trust Territories, and other agencies. The answer seems to be a hope that a few action anthropologists in key spots will influence many others; since ours is a problem of education, and education has a way of spreading, the hope has some basis.

A very knotty problem which we are far from solving relates to the question of publication, which I passed over before. Publication is part of the developing situation and must go on; yet to communicate to colleagues what should be communicated may involve hurting the project in some manner. The solution may be to educate the people involved in the needs of scholarship and their duty to those needs.

The most difficult practical question is, however, how to relate the action anthropologist to the project. Since he has the problem of influencing not only the community, but whatever forces impinge on the community, it is clear that he must be strategically located. Take a small matter like living quarters, for example. When we determined to undertake an action program among the Fox Indians, we found that to avoid prejudicing our independence, we had to buy a farm in order to get a house to live in. More serious than psysical relationship, however, is that of the role adopted. There are advantages to being independent; there are other advantages to being hired by the supervising agency as an anthropologist, or perhaps by the community itself. This has to be worked out in each case. Perhaps the ideal arrangement is for the action anthropologist to have a university connection on the one hand and to be hired by the agency or community on the other, with all parties aware that the anthropologist has the support of academic colleagues. Not only will this facilitate communication with colleagues, which is as essential to the action anthropologist as to any scholar and scientist, but is will offer him an alternative to continuing on his job, which may become untenable.

The strength of action anthropology lies in our ability to educate people, including those in government; and we must develop in such a direction that our knowledge will be respected, a force to be reckoned with.

This last statement brings me to a final limitation of action anthropology. "Force" in a democratic society involves use of ballots —ultimately it is always pursuasion. In a non-democratic society the action anthropologist cannot operate without being a conspirator and revolutionist— a role which contradicts the method. It is therefore probable that action anthropology is impossible in some colonial situations. I think we must accept that limitation as long as it exists.

Indígena con indumentaria típica de un grupo de Alaska

EL HÁBITO DE LA COCA EN SUD AMÉRICA

Por Carlos Gutiérrez Noriega.
(Perú)

Summary

Unquestionably, the coca-chewing habit constitutes a problem which merits, and which has received, special attention. This habit which affects a large percentage of the population of various South American countries, has ultimately been included on the agenda of the United Nations, for investigation.

The mass of American inhabitants, suffering from the unfortunate and disastrous effects of coca-chewing is largely an Indian majority, who resort to Eritroxylum coca because of inadequate nutrition, ignorance and other negative factors. Because of this, the subject has been discussed on various occasions in América Indígena; by Jorge Bejarano, in "El cocaísmo en Colombia", V: 11-20; by Víctor Gabriel Garcés, in "El indio ecuatoriano y la coca", V: 287-293; and by Carlos Gutiérrez N., in "El hábito de la coca en el Perú", IX: 143-182. Henri Lehmann wrote on the same topic in his article "La supresión de la venta de coca en Colombia", as well as Clodoaldo Espinosa Bravo, in "Se decreta el estanco de la coca (en Perú)", and "El cocaísmo en Jauja", which were published in Boletín Indigenista, IX: 26-30, 92-98, and 388-390 respectively.

It gives us pleasure therefore to publish the present work, as a posthumous homage to the Peruvian investigator, Carlos Gutiérrez Noriega. At the period of his untimely death,[1] Gutiérrez Noriega was justly considered one of the foremost authorities, biolcgical as well as social, on the "coca-chewing habit".

This article, which can well be considered a general synthesis for all of South America, and of the investigations realized by Dr. Gutiérrez N. and his colleagues in Perú, has already been published in German in a specialized magazine. Although normally América Indígena features articles which have not appeared elsewhere, we make an exception on this occasion because of the quality of this welldocumented resume; (history of coca-chewing, its distribution, resulting physiological alterations, psychic effects, motives for acquisition of the habit).

Including the articles especially written for this magazine mentioned above, and another titled "Area de mezcalinismo en el Perú", X: 215-220, these constitute an invaluable contribution to our pages.

El hábito de masticar las hojas de coca existe en Sud-América desde época prehistórica. Los primeros colonizadores de este continente lo encontraron en algunas regiones de Colombia, Venezuela, Perú, Bolivia, Brasil y posiblemente también en Nicaragua. Las investigaciones históricas y arqueológicas demuestran que este pritivo cocaísmo ocupa áreas muy limitadas en los países citados, que

[1] Ha muerto el Dr. Carlos Gutiérrez Noriega, *Boletín Indigenista*, XI: 98-102.

no afectaba a la mayoría de sus habitantes, y que las plantaciones del *Eritroxylum coca* eran escasas (11)* En el antiguo Perú, donde la coca era considerada como planta sagrada, los Incas prohibieron el libre uso de sus hojas y su cultivo (11). Después de la conquista del Imperio de los Incas, el cocaísmo se difundió intensivamente, las áreas de cultivo aumentaron y el comercio de las hojas de coca fué un negocio muy lucrativo. En la época republicana la producción de hojas de coca aumentó aún más, al extremo de que en la actualidad se cosechan anualmente 16,000 toneladas en el Perú y Bolivia, que casi en su totalidad son masticadas por los nativos de estos países. El cocaísmo afecta en la actualidad a los países mencionados y, en menor proporción, a la Argentina y a Colombia. También existe en Chile, Brasil y Ecuador, pero muy restringido. El área principal de consumo comprende la región andina del Perú y Bolivia, y el norte de Argentina. El número de sujetos habituados a la droga en Sud América es aproximadamente de cinco o seis millones, principalmente de raza india. El hábito afecta por lo menos al 30 o 40% de la población de adultos en las regiones donde existe. En casos extremos, casi el 100% de la población de adultos son cocaístas.

Desde el siglo pasado se han publicado algunos trabajos sobre el cocaísmo, que sólo aportan puntos de vista teóricos, pues no se basan en observaciones directas ni en trabajos de investigación. A partir de 1937, la investigación de este problema social y farmacológico fué iniciada por el autor de este trabajo, y luego por él mismo y sus colaboradores en el Instituto de Farmacología y Terapéutica de la Universidad de San Marcos. A continuación nos referimos a los resultados de esta labor. En primer lugar vamos a estudiar el aspecto químico del problema, y luego los efectos fisiológicos de la coca en el organismo de los habituados, y finalmente los efectos psicológicos. La dosis de *coca* masticada diariamente por los habitantes varía de 20 a 50 gramos; la mayoría toman 30 a 50 gramos, siendo raros los casos que utilizan dosis mayores de 100 gr. al día. Zapata Ortiz, observó que una dosis de cocaína de 3 ó 4 mgs. por kilogramo de peso produce en los individuos habituados una acción estimulante de análoga intensidad a la que se observa con las habituales dosis de hojas masticadas (17). Las investigaciones de Ciuffardi (1 y 2) han demostrado que después de un período de masticación de unas dos horas, se extrae del 66 al 96% del total de alcaloides contenidos en las hojas, con un valor medio de 86%. La coca utilizada por los habituados del Perú, contiene 0.5 a 0.7% de alcaloides, de los cuales el

* Véase la Bibliografía al final del artículo.

80% corresponde a cocaína. Es decir, que se ingieren por término medio 180 mgs. de alcaloides por período de coqueo, lo que corresponde a 3 mgs. por Kg. de peso corporal, como promedio. En algunos casos 6 mg. por, Kg., o aún más son ingeridos. Puesto que la dosis habitual se mastica en un período de una o dos horas, se estudió la cantidad de alcaloides que el habituado ingiere por minuto, demostrándose que ésta es, por término medio, de 0.9 mg., con fluctuaciones, en casos extremos, de 0.3 a 1.67 mg. (2).

La coca es masticada desde época prehistórica, con una substancia llamada *llipta* ó *tocra*, formada por cenizas vegetales o derivados de cal. Dichas cenizas contienen, según Cruz Sánchez (4), sales de potasio y de calcio, y otras substancias salinas en pequeña cantidad; sus soluciones son siempre alcalinas (hH:11). Estas substancias alcalinas desempeñan un papel muy importante en el cocaísmo, pues se ha comprobado que facilitan ligeramente la extracción de los alcaloides (3) y potencian los efectos estimulantes de la coca sobre el sistema nervioso central, sobre el metabolismo y sobre el aparato cardio-circulatorio (3, 6).

Los estudios acerca de la eliminación de la cocaína extraída de las hojas de coca por los habituados, se han iniciado recientemente. Cruz Sánchez (5) afirma que en sujetos no habituados a los que se hizo masticar coca, se encuentra cocaína en la orina durante 24 horas, y sólo vestigios de la misma a las 36 hs. A las 48 horas, la orina ya no tiene cocaína. Si la coca es masticada con substancias alcalinas, la eliminación se acelera. En los sujetos que mastican la coca sin alcalinos, el 20% del total de cocaína ingerida es eliminada en 6 h., y el máximo de la eliminación se encuentra a las 3 h. Si la coca se mastica con alcalinos, el 34% de la dosis ingerida se elimina a las 6 h. y el máximun de la eliminación se presenta a los 60 minutos.

Los alcalinos aceleran, aparentemente, la eliminación de la cocaína, pero no sabemos aún si este efecto se debe a una modificación de la velocidad de la absorción intestinal del alcaloide, o a un efecto directo sobre su eliminación renal. En sujetos habituados, según estudios que se están verificando actualmente, la cocaína se elimina en significativa proporción por la orina, y los alcalinos también favorecen y aceleran el proceso de eliminación (Cruz Sánchez).

Como regla general no hay aumento progresivo de la dosis de coca durante la vida del sujeto habituado, ni aumento de tolerancia. Tampoco se han observado variaciones de importancia en el porcentaje de extracción y en dosis total de alcaloides en relación a la duración del hábito a la droga (Ciuffardi, 3). Los habituados jóvenes y

los habituados inveterados consumen las mismas dosis de coca y de sus alcaloides.

Las *alteraciones fisiológicas* producidas por la masticación de las hojas de coca dependen de la cantidad de droga ingerida. Las más comunes entre los sujetos habituados, y a dosis ordinarias, son las siguientes: discreto aumento de frecuencia de los movimientos respiratorios, aumento de ritmo cardíaco y de la presión arterial, intensificación de los reflejos tendinosos, intensificación de algunos reflejos neuro-vegetativos e incremento de la temperatura corporal, la cual, en algunos casos, puede llegar a cifras supernormales, aún en completo reposo (14, 15, 17). Más notable es el efecto de la coca sobre el metabolismo basal, que asciende con frecuencia a valores supernormales después de masticar 20 gramos de hojas de coca (6, 14). Son poco frecuentes los casos en que se manifiestan reacciones depresivas (descenso del pulso, presión arterial y temperatura), lo que suele ocurrir después de la masticación de dosis pequeñas. También se ha observado en muchos casos, tanto en sujetos habituados como no habituados, que la sensibilidad de la piel disminuye después de la masticación de hojas de coca. Sobre la composición de la sangre sólo se demostró ligera hiperglicemia en pocos casos (15).

La mayoría de estas reacciones duran una o dos horas después del período de coqueo. Si se mantiene en estado de abstinencia al sujeto habituado durante uno o dos días, suele manifestarse acentuada bradicardia, a la vez que el sujeto experimenta cansancio corporal y apatía. No estamos seguros si la bradicardia es el resultado del estado de abstinencia, de la nutrición deficiente de estos sujetos, o de otros factores.

La adición de alcalinos intensifica notablemente las acciones farmaco-dinámicas de la coca. Chamochumbi ha demostrado que los alcalinos aumentan el efecto metabólico basal de la coca, mientras que el HCl lo disminuye (6). El efecto potenciador de los alcalinos, también se manifiesta sobre el aparato cardiocirculatorio, sistema nervioso central y temperatura corporal (3).

La fuerza muscular y la resistencia a la fatiga aumentan después de un período de masticación de coca en la mayoría de sujetos habituados. Sin embargo, su capacidad de resistencia física en condiciones de abstinencia o bajo los efectos de la droga, es casi siempre subnormal (14, 15). En pruebas de resistencia a la fatiga, los habituados ofrecieron resultados inferiores a los no habituados. Comparando los valores obtenidos con el dinamómetro en un grupo de 150 estudiantes de medicina con un grupo equivalente de obreros y campesinos habituados a la coca, los primeros aportaron valores significativa-

mente más elevados. Estos resultados indicarían que el efecto crónico de la droga, así como la deficiente alimentación que es consecuencia y causa del hábito, disminuyen la capacidad física del organismo.

Con el fin de establecer las diferencias a la acción de la cocaína entre los habituados a la coca y los no habituados, se administró a estos últimos dosis de cocaína equivalentes a las que los primeros extraen de la coca (2 a 3 mg. por kilogramo de peso). Si la droga se administra sin alcalinos, las diferencias de reacción no son muy importantes (Zapata Ortiz, 19), pero si se agregan alcalinos se advierte que el individuo no habituado reacciona con más intensidad que el habituado (6).

Acerca de las alteraciones fisiológicas crónicas producidas por el cocaísmo existen algunas dudas. Se ha demostrado que en las poblaciones habituadas a la coca son muy comunes los estigmas degenerativos, que se presentan en proporción dos o tres veces mayor que en las poblaciones de la misma raza y de análoga situación económica no habituadas a la coca (15). También se ha comprobado que son muy frecuentes las carencias alimenticias y otras enfermedades crónicas. Es muy probable que la coca no sea el único factor responsable de estas alteraciones crónicas, pues el alcoholismo y la mala alimentación deben contribuir tanto como la acción tóxica de la coca.

En los animales crónicamente intoxicados por la cocaína son frecuentes las alteraciones hepáticas (12, 13). Aunque la sub-ictericia y la hepatomegalia son frecuentes en los habituados a la coca (15), el efecto de esta droga sobre el hígado del hombre está aún por estudiar. El gran médico alemán, E. F. Pöppig, precursor de los estudios sobre el cocaísmo, describió casos de ictericia y de otras alteraciones hepáticas entre los habituados a la coca.

Los *efectos psicológicos* producidos por la masticación de las hojas de coca son muy variados y dependen de la dosis y del individuo. Los efectos agudos no son, generalmente, de mucha importancia, siendo los más notables los siguientes: discreta euforia o sensación de bienestar, supresión de las sensaciones de hambre y fatiga, aumento de la asociación de ideas y estados de introversión y de autismo. La coca, como otros estupefacientes, suprime las preocupaciones y condiciona a menudo una satisfacción imaginativa de las aspiraciones o necesidades individuales (8, 10). Por medio de tests psicológicos se ha demostrado en muchos casos, que disminuye el tiempo de un trabajo mental, pero aumenta el número de errores. El tiempo de reacción para estímulos auditivos aumenta significativamente, lo que indica que el efecto de la droga es más bien depresivo que estimulante sobre la actividad mental superior (15, 16, 17).

Los habituados que mastican grandes dosis suelen experimentar alteraciones afectivas, alteraciones de las percepciones, del pensamiento y hasta alucinaciones e ideas delusivas en ciertos casos. Los síntomas mentales y fisiológicos de la intoxicación aguda producida por la coca tienen gran analogía con los síntomas agudos de la intoxicación cocaínica (10).

Zapata Ortiz estudió, en sujetos normales, los efectos fisiológicos y psicológicos de la cocaína a dosis de 2 a 3 mg. por kilogramo de peso, es decir, a las dosis comunes de cocaína que suelen ingerir los habituados (18). Aunque las intoxicaciones leves son relativamente frecuentes entre los nativos habituados a la coca, las intoxicaciones serias son en realidad excepcionales. Por ello hemos afirmado que el cocaísmo se diferencia de la cocainomanía por su curso esencialmente lento o crónico, y por la rareza de los accidentes tóxicos agudos que son tan frecuentes en la cocainomanía (8).

Las alteraciones de curso crónico tienen más importancia que las agudas. La mayoría de los habituados a la coca son sujetos muy apáticos, de escasa memoria, reducida inteligencia y con anomalías de la personalidad.

Las investigaciones de la inteligencia por medio de los tests de Binet-Simon, Porteus y Verbal de Terman, revelan que la mayoría de los habituados a la coca tienen inteligencia subnormal. Se ha demostrado que el índice de inteligencia es tanto más bajo cuanto mayor es el tiempo de habituación (16, 20). Los tests de atención y de memoria aportan, asimismo, resultados deficientes. Los resultados de los tests psicológicos son mucho mejores en los jóvenes nativos que aún no han iniciado el hábito a la droga. El deterioro intelectual avanza progresivamente en el curso de la vida a partir del momento en que se empieza a practicar el cocaísmo. Los índices de inteligencia más bajos predominan entre los adeptos inveterados, mientras que los casos de índice más elevado son más frecuentes entre aquellos que tienen poco tiempo de habituación. Igual correlación entre la magnitud del deterioro intelectual y la cronicidad del hábito se ha probado con los tests de atención; la capacidad de atención es definidamente sub-normal entre los cocaístas crónicos. El tiempo de reacción también es subnormal en la mayoría de los habituados, encontrándose las máximas alteraciones en los casos más inveterados (16). Es evidente, en consecuencia, què existe relación entre la magnitud del deterioro mental y el grado de inveteración del cocaísmo.

El estudio de la personalidad de los habituados por medio del test de Rorschach revela múltiples anomalías: el número de respuestas es escaso, la relación entre las respuestas globales y de detalle indica

siempre una desadaptación de la realidad, el número de respuestas cromáticas y quinestésicas es claramente sub-normal, y prevalecen los tipos coartados. El sujeto habituado es casi siempre introvertido, hipo-afectivo, apático y abúlico. Han llamado la atención las notables diferencias entre la personalidad del alcohólico crónico y del cocaísta crónico; la coca produce, aparentemente, reacciones psicológicas diametralmente opuestas a las que origina el alcohol.

Es de notar que el cocaísmo prevalece entre los campesinos, pastores y mineros; en general, entre quienes desempeñan los oficios más humildes. Jamás se observa que un cocaísta mejore su situación económica; al contrario, las personas de buena posición social que adquieren el hábito, con frecuencia degeneran y quedan reducidos a la indigencia. El cocaísmo también es muy frecuente entre los vagabundos y delincuentes; casi nunca se presenta entre las clases sociales superiores, excepto en un país de Sud-América, donde su difusión entre dicha clase se está desarrollando en forma peligrosa.

El efecto de la cocaína sobre la inteligencia, demostrado por las pruebas mencionadas, es probablemente el factor responsable de la elevada frecuencia de analfabetos en las regiones donde el cocaísmo predomina. En las regiones donde el consumo es más elevado (2 a 4 Kg. anuales por individuo) la frecuencia de analfabetos es de 60 a 70%. En las regiones donde el consumo de coca es mínimo, o donde no se consume, la frecuencia de analfabetos varía de 10 a 40% (14).

La brusca supresión de la coca no produce, en los habituados crónicos, síntomas de abstinencia, o bien estos síntomas son de poca importancia en los pocos casos en que se presentan. Sin embargo, es muy difícil librarse del hábito una vez iniciado.

Las *causas que originan el cocaísmo*, son bastante complejas, siendo las más importantes la deficiente alimentación, y la proximidad de las plantaciones de coca. Éstas, en efecto, existen en abundancia donde quiera que prevalece el cocaísmo, con excepción de Argentina, que recibe la droga de Bolivia.

El motivo por el cual la mayoría de los nativos de los Andes se inician en el uso de la coca es la necesidad de suprimir el hambre por medio de esta droga. El cocaísmo se difundió rápidamente en el siglo XVI, después de la conquista del Perú, y en consecuencia tuvo lugar una gran crisis económica y una considerable merma en la producción de alimentos. Los datos históricos indican que esta crisis fué particularmente intensa en la región donde aún en la actualidad se consumen las mayores cantidades de coca (11). El cocaísmo se inicia históricamente a consecuencia de la merma de alimentos y como un lenitivo del hambre crónica.

La actual situación alimenticia de las regiones cocaístas también aporta pruebas muy significativas. En los Andes del Sur del Perú, donde se consume 2 a 4 Kg. de coca por individuo y por año, la ración alimenticia diaria sólo es de 767 gr., para el término medio de la población. Esta ración escasamente contiene 2,000 calorías, y es muy deficiente para los obreros y campesinos cocaístas. En los Andes del Norte, donde el consumo de drogas es moderado (1 a 2 Kg. por año e individuo), la ración alimenticia media es de 904 gr. Finalmente en las regiones que no mascan coca o donde su consumo es muy pequeño (0.1 Kg. por año y por individuo), la ración alimenticia media es de 1096 gr. El déficit alimenticio en las tres regiones mencionadas, tomando como patrón la alimentación de la capital peruana, es respectivamente de 44.2%, 27% y 13%.

A la deficiencia cuantitativa de la dieta hay que añadir la deficiencia cualitativa, pues en las regiones cocaístas casi no se consume carne, leche, huevos, ni otros alimentos protéicos. La dieta es muy pobre en proteínas y está formada principalmente por hidratos de carbono.

Es indudable que el déficit alimenticio es una de las causas principales del cocaísmo. La coca suprime la sensación de hambre y el habituado, en consecuencia, toma la coca para suprimir las sensaciones desagradables que resultan de su inanición crónica. Pero el uso de esta droga ocasiona, después de algunos años, la pérdida del apetito. El habituado prefiere la droga a los alimentos y gasta gran parte de su salario en aquélla. De esta suerte se establece un verdadero círculo vicioso: se empieza a tomar coca para suprimir el hambre, pero luego el sujeto pierde el apetito, y come poco porque toma coca.

Con un régimen alimenticio tan deficiente el organismo se debilita y, como ocurre siempre en los sujetos mal alimentados, se experimenta cansancio crónico, fatiga al menor esfuerzo y apatía. Pero la coca, a la vez que suprime el hambre, es un estimulante muy poderoso, tal vez superior a la benzedrina y a la desoxifedrina. De esta manera se establece el segundo factor condicionante del hábito de la coca, la necesidad de contrarrestar la fatiga del organismo con la droga. De hecho, los habituados a la coca se niegan a realizar cualquier esfuerzo físico si no toman previamente dosis estimulantes de hojas de coca.

En tercer lugar, la coca es consumida para procurarse un estado de euforia. Los habituados son, en general, deprimidos apáticos, lo que es en parte resultado de su mala alimentación y de su intoxicación crónica.

En los últimos años, principalmente como resultado de nuestras

publicaciones, se ha planteado la necesidad de suprimir el cocaísmo. La cuestión ha sido llevada a las Naciones Unidas. Como era de suponer, en un problema tan estrechamente vinculado a poderosos intereses económicos, se han invocado algunos argumentos en defensa del cocaísmo. Es la primera vez que en la historia de la medicina tiene una toxicomanía decididos defensores. El Director del Instituto de Biología Andina de Lima, sostiene la idea de que la coca es indispensable para adaptarse a las grandes alturas, donde la atmósfera es pobre en oxígeno. Los experimentos en hombres y en animales demuestran sin embargo que la coca (6) y la cocaína (19) aumentan el consumo de oxígeno. Además, los defensores de esta singular idea parecen ignorar que el número de hombres que viven en las grandes alturas con perfecta adaptación y sin tomar coca es mucho mayor que el número de habituados a la coca que viven en las mismas regiones, y que los primeros ofrecen condiciones de salud mental y física notablemente superiores a los últimos.

Se argumenta también que la coca es indispensable a muchos millones de nativos sudamericanos porque es un lenitivo del hambre y, en consecuencia, es un mal necesario. Pero no se advierte que la miseria y atraso social de las áreas afectadas por la coca se deben en gran parte a los efectos tóxicos de esa droga, y que mientras subsista a la habituación no será posible mejorar la situación de millones de infelices seres humanos que sufren los efectos crónicos de la cocaína y de otros alcaloides de la coca, cuyo consumo, sólo en dos países de Sud-América, no es menor, según nuestros cálculos y análisis de laboratorio, de 63,000 kilogramos anuales!

REFERENCIAS

1.—*E. Ciuffardi:* Revista de Farmacología y Medicina Experimental, v. 1, p. 81, 1948.
2.—*E. Ciuffardi:* Rev. Farmacol. & Med. Exper. v. 1, N° 2, 1948.
3.—*E. Ciuffardi:* Rev. Farmacol. Med. Exper. v. 2, p. 18, 1949, *E. Ciuffardi:* Rev. Farmacol. & Med. Exper., v. 3, 1950 (en prensa).
4.—*G. Cruz Sánchez & A. Guillén.* Rev. de Farmacol. Med. Exper., v. 1, p. 209, 1948.
5.—*G. Cruz Sánchez & A. Guillén:* Rev. Farmacol. & Med. Exper., v. 2, p. 8, 1949.
6.—*N. Chamochumbi:* Rev. Farmacol. Med. Exper. v. 2, p. 94, 1949.
7.—*C. Gutiérrez Noriega:* Actualidad Médica Peruana, v. 9, p. 154, 1944.
8.—*C. Gutiérrez Noriega:* Revista de Medicina Experimental, v. 3, p. 1, 1944.
9.—*C. Gutiérrez Noriega:* Rev. Med. Exper. v. 3, p. 239, 1944.
10.—*C. Gutiérrez Noriega:* Rev. Neuro-Psiquiatria, v. 10, p. 145, 1947.
11.—*C. Gutiérrez Noriega:* Anales de la Facultad de Medicina, v. 29, p. 1, 1948.

12.—*C. Gutiérrez Noriega & V. Zapata Ortiz:* Rev. Med. Exper. v. 3, p. 279, 1944.
13.—*C. Gutiérrez Noriega & V. Zapata Ortiz:* Rev. Med. v. 5, p. 1, 1946.
14.—*C. Gutiérrez Noriega & V. Zapata Ortiz:* "Estudio sobre la coca y la cocaína en Perú", Lima, 1949.
15.—*C. Gutiérrez Noriega & V. Zapata Ortiz:* Rev. Farmacol. & Med. Exper. v. 1, p. 1, 1948.
16.—*C. Gutiérrez Noriega & V. Zapata Ortiz:* Rev. Farmacol. & Med. Exper. v. 1, p. 32, 1948.
17.—*V. Zapata Ortiz:* Rev. Med. Exper. v. 3, p. 132, 1944.
18.—*V. Zapata Ortiz:* Rev. Med. Exper. v. 3, p. 307.
19.—*V. Zapata Ortiz:* Rev. Farmacol. & Med. Exper. v. 1, p. 8, 1948.
20.—*V. Zapata Ortiz:* Trabajo inédito.

HIJOS OLVIDADOS

LA HISTORIA DEL PUEBLO DE DESCENDENCIA MEXICANA EN LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA

Por Ramón E. Ruiz
(Estados Unidos)

Summary

This is a brief story of the people of Mexican descent in the United States. The author is a Mexican-American whose parents entered the anglo-saxon country during the Revolution and settled in the state of California. He has lived in both Mexico and the United States and feels there is a great lack of knowledge and understanding of the situation and problems of the Mexican-American in either nation. Furthermore, there is too much criticism of his custom and manner. The essay discusses the background of the immigration and why it settled in the old Spanish Southwest.

Despite popular sentiment there is no homogeneity among the "Mexican" peoples of the United States. Certain divisions in the population have developed although originally all came from the poor. There are three main groups: New Mexicans who for many generations have lived in the United States; Mexican-Americans whose parents were born in the old country; and the large mass of immigrants.

Cultural and economic differences divide them. The immigrant is illiterate and speaks only the language of Mexico while the others master English and are members of a bicultural society. However, the New Mexicans no longer feel "Mexican" and resist any attempt for union with the others. Economics follow the same pattern. A few Mexican-Americans achieve some success while manual labor is the immigrant's lot.

The social picture is not good. Until recently discrimination was frequently practiced in the states of Texas and Arizona. Good jobs difficult to find. However, the impact of war and changing patterns in the anglo-american community have improved the "Mexican's" situation. Today the "Mexican" in the United States enjoys a better life than he did twenty years ago.

Automóviles y pasajeros esperaban en la frontera mientras los celadores revisaban permisos y equipaje. La mayoría de los turistas, anglo-americanos de estatura alta y piel blanca, a intervalos se preocupaban por, y discutían acerca de, la vida en México. La conversación era sobre las novedades futuras, e indudablemente los visitantes volverían con cuentos de un curioso pueblo que usaba huaraches e insistía en comer tortillas y frijoles en lugar de pan y papas.

En la opinión de los inspectores de aduana era bastante singular la actitud del turista; sobre todo sus preguntas, que ninguna persona considerada haría a sus vecinos. Sin embargo, los numerosos viajeros que todos los días pasaban la línea internacional eran un provecho

económico para México; desprecios y excentricidades se olvidaban en la corriente del dólar poderoso.

Junto con los turistas norteamericanos esperaba un individuo moreno, de ojos negros. Platicaba con entusiasmo de los próximos días; su ademán radiaba amistad para la tierra de sus padres. México era la fuente de su herencia, costumbres e idioma, partes integrales de su propia vida. El mexicano-norteamericano (hijo de padres mexicanos) recibió una recepción mixta.

Algunos lo aceptaron benignamente deseándole buena suerte en su peregrinación, mientras otros le dieron instrucciones entre dientes, aun cuando los anglo-americanos recibían sus papeles aduanales con cortesía y rapidez. La hostilidad era el producto de la censura de un sector del pueblo mexicano que condena siempre al hermano que olvidó a México por el extranjero. Un papel dual sería el compañero constante del mexicano-norteamericano. Unos se divertirían ridiculizando su traje y los modales del "americano", ignorando que en los Estados Unidos de Norteamérica le llamaban "mexicano" y le daban el estado legal de ciudadano de segunda clase.

Ninguno de estos dos puntos de vista es justo porque si por nacimiento es norteamericano, tiene la raza y la herencia de México; su cultura e idioma es de ambos países. Sin embargo, lo rechazan por ignorancia y envidia en la tierra de sus padres, y le rehusan la igualdad económica y social en el país de su nacimiento. Los mexicanos le critican su español, negándose a tomar en cuenta que ello es debido a una educación y cultura distintas; mientras que el anglo-americano se apoya en distinciones económicas y culturales para la discriminación, aunque a pesar de todo tal vez se base en el color.

En el Suroeste de los Estados Unidos siempre han vivido personas de habla española, puesto que España conquistó la región. La historia de este pueblo olvidado es el cuadro antiguo de la victoria militar norteamericana que despojó a México de casi la mitad de su territorio. La conquista de Texas, Nuevo México, Arizona y California motivó la minoría original de habla española en la nación anglo-sajona. Después de 1848 pequeñas migraciones pasaron la frontera; pero hasta 1910 no hubo gran éxodo a los Estados Unidos. La Revolución abrió las puertas. Es difícil calcular exactamente el número de mexicanos que durante ese período de revueltas se establecieron en los Estados Unidos, pero la cifra pasa de un millón.

En 1900 Texas tenía una población inmigrante de 71,062; Arizona 14,172; California 8,096; y Nuevo México 6,649. Desde 1910 ha habido un incremento tremendo de inmigrantes mexicanos.

	1900	*1910*	*1920*	*1930*
Arizona	14,171	29,987	61,580	114,173
California	8,086	33,694	88,580	368,013
Nuevo México	6,649	11,918	20,272	59,340
Texas	71,062	125,016	251,827	683,681[1]

Hay tres realidades importantes en la inmigración mexicana que ha despojado a México del diez por ciento de la población total: se concentró en el antiguo Suroeste español; coincidió con el nacimiento económico del Suroeste; y en cada caso el inmigrante trabajó en las industrias donde previamente hubo una contribución cultural española-mexicana. La inmigración se reconcentró en las industrias esenciales al desarrollo económico de la región. Por lo tanto la historia de la invasión de Texas, Arizona, Nuevo México y California es el cuadro de los ferrocarriles, el algodón, el betabel de azúcar, y el cultivo de verduras.

El mexicano construyó los millares de kilómetros de carriles de las vías férreas de los estados fronterizos. Desde 1880 ha constituído hasta el 70% de las tripulaciones de recorredores de la vía ("traqueros") y el 90% de las dotaciones adicionales de los ferrocarriles del Oeste que usualmente emplean entre 35,000 y 50,000 obreros en esas categorías. En 1930 el "Santa Fe" utilizó 14,000 mexicanos; el sistema "Rock Island" 3,000; el "Great Northern" 1,500; y el "Southern Pacific" 10,000. El censo de 1930 registra 70,799 mexicanos trabajando para los ferrocarriles del Oeste y en los sistemas de tranvías de la misma región. La mayoría son trabajadores manuales y temporales, y por lo tanto las compañías tuvieron forzosamente que reclutar con regularidad obreros en México, y al mismo tiempo aquéllas llegaron a ser las fuentes de obreros para las demás industrias.

Al corredor de vía se le paga y aloja mal. Centenares de ellos se han pasado la vida caminando en los furgones ferroviarios. A todo lo largo de las vías férreas vive un sinnúmero de recorredores de la vía

[1] Carey McWilliams: *North From Mexico. The Spanish-Speaking People of the United States.* 1949, p. 163. La primera inmigración fué al Estado de Texas; en California el uso de obreros chinos impidió la entrada del mexicano por muchos años.

El señor McWilliams es un experto destacado en la vida del mexicano en los Estados Unidos. Escribe imparcialmente y conoce a fondo la psicología y la cultura del pueblo mexicano. Otros relevantes estudiosos del mismo problema son el Profesor Paul Taylor de la Universidad de California y el mexicano Manuel Gamio, Director del Instituto Indigenista Interamericano. El Dr. Gamio ha hecho dos contribuciones básicas para el conocimiento del problema que solamente una persona de la misma cultura e idioma puede realizar: *Mexican Immigration to the United States* (1930) y *The Mexican Immigrant, His Life Story* (1931).

en agrupaciones de chozas relegadas al olvido en tiempo y espacio. El "cholo" (mexicano de México) predominó al principio, mas poco a poco lo ha reemplazado su hijo ("pocho"), aunque éste demuestra un desdén escandaloso para el trabajo. Prefiere buscar actividades más lucrativas, permitiendo a los negros romper un monopolio mexicano. Hoy día se ve al negro trabajando más y más en los ferrocarriles que antes de la Segunda Guerra Mundial sólo sostenían tripulaciones mexicanas. Las exigencias del momento rompieron prejuicios en muchas industrias, lo que aprovechó el mexicano-norteamericano para dejar el ferrocarril en busca de los mejores sueldos y ventajas de la ciudad. Ya no tiene el ferrocarril un monopolio de obreros mexicanos, especialmente en su segunda generación.

La agricultura ha sido la fuente de empleo más importante para el mexicano. Campesino en su patria, el inmigrante encajó perfectamente en la demanda por trabajadores mal pagados del algodón, del betabel de azúcar y de la verdura. En Texas el algodón ofreció la primera demanda para el trabajador mexicano en grande escala; gradualmente la ganadería fué reemplazada por el cultivo del algodón. En 1940 aproximadamente doscientas mil personas de descendencia mexicana seguían la cosecha en Texas, y durante la depresión este número llegó a 400,000. El algodón prosperó mucho durante las dos guerras mundiales y en 1914 se cultivaba en el Valle Imperial del Estado de California de donde penetró las comarcas norteñas del Valle de San Joaquín y el condado de Kern. A fines de la Segunda Guerra el valor de la cosecha anual en California llegó a ser de 40.000,000 de dólares. Este incremento hubiera sido imposible sin el campesino mexicano, cuyo trabajo permitió ampliar los campos algodoneros. Su recompensa fué un sueldo mezquino.

El éxito del betabel o remolacha se debe también al mexicano que hizo posible esta industria. Las principales regiones de cultivo se encuentran en California, Colorado y Michigan. En 1927, unos 30,000 de los 58,000 "betabeleros" eran de procedencia mexicana; actualmente el 66% de un total de 100,000 obreros pertenece al mismo grupo. Las colonias al norte de los estados fronterizos son casi en su total trabajadores del betabel.[2] Desde 1916 entre treinta y setenta mil campesinos "mexicanos" vienen dependiendo anualmente del betabel. Tienen un suelo medio anual de 500 a 600 dólares por familia;[3] casi una cuarta parte del promedio del trabajador anglo-americano.

Los campos de verduras, en las cercanías de las ciudades y las huertas de limón y naranja son otras fuentes de trabajo. Resulta difícil

[2] En Denver, Colorado, hay una colonia de 14,631.

[3] McWilliams, *Ibid*, p. 183.

calcular en porcentaje la labor hecha por "mexicanos" en estas industrias, pero indudablemente es grande. Además también esta industria es fuente de trabajo para el bracero de México; la recolección de la verdura es temporal y se paga con sueldos tan bajos que sólo atrae a las minorías étnicas carentes de oportunidades en otros campos. El limón y la naranja también pertenecen a la misma categoría, ya que emplean gran número de obreros sólo durante la cosecha.

Indudablemente la mayoría del pueblo de procedencia mexicana en los Estados Unidos trabaja en la agricultura. Según el censo de 1939, había 200,000 "mexicanos" en trabajos agrícolas, de los cuales 150,604 hacían las labores más pesadas y sucias. Estas cifras representan la mayoría de obreros "mexicanos"; sin embargo, desde 1930 ha habido importantes cambios en el cuadro de empleos, como resultado de mutaciones importantes en la población "mexicana" de los Estados Unidos. El crecimiento numérico del mexicano-norteamericano produjo una generación deseosa de nuevas salidas económicas y el resultado fué un incremento de obreros industriales especialmente en ciertas regiones de California donde la guerra alteró de manera profunda el molde antiguo aun para el anglo-sajón. El ejemplo más notable es la industria de la aviación que, por la urgencia de los tiempos, aceptó al mexicano-norteamericano, encontrándolo hábil y útil. El uso de obreros que anteriormente no eran admitidos se repitió en escala menor en casi todas las industrias de California y hasta cierto punto en toda la frontera. La orientación hacia nuevos campos de actividad produjo una evidente mejoría de sueldo y de standard de vida.

También se ha observado un incremento en el grupo de los pequeños profesionales. Según el censo de 1930, de una población de casi tres millones, sólo 5,400 "mexicanos" hacían trabajos de oficina; 1,092 eran profesores; 93 licenciados y jueces; y 165 eran médicos. Se hace trabajoso calcular los cambios que han sufrido estas cifras, pero indudablemente los aumentos de este tipo de empleo son considerables. Con el mejoramiento económico las oportunidades educativas se han multiplicado y el estudiante universitario de ascendencia mexicana ya no es la rara excepción, aunque todavía es una pequeña minoría. De significativa importancia han sido los cambios de actitud del pueblo anglo-americano hacia el "mexicano", y ello ha hecho posible el adelanto de estos últimos; por ejemplo, el profesor "mexicano" es aceptado generalmente en las escuelas del Estado de California. Hace veinte años sólo podía ejercer el magisterio en las instituciones "para mexicanos".

La actividad comercial es una fracción de la colonia. La empresa típica es la tienda de abarrotes que vende toda clase de comida mexi-

cana (chorizo, especias, menudo, tortillas, mole, chiles, etc.), En las ciudades grandes se encuentran otras empresas: ferreterías, plomerías, zapaterías, tintorerías, panaderías, restaurantes, talleres de mecánica, gasolineras, etc. Aunque a título individual el volumen del negocio es insignificante, colectivamente los comercios muestran la importancia del negociante "mexicano". Un detalle incidental del comercio mexicano es el programa de radio transmitido en español difundiendo noticias de la comunidad, así como anuncios mercantiles de los negociantes locales. Discos mexicanos proporcionan la diversión. La red radiofónica se extiende de Texas a California y es un elemento fundamental de la vida del inmigrante mexicano que usualmente no comprende el inglés.

A pesar de la opinión popular, la población de descendencia mexicana de los Estados Unidos no es homogénea. Diferencias económicas y culturales dividen el pueblo. Hasta aquí nos hemos referido a inmigrantes y a sus hijos; sin embargo hace mucho que existe una minoría de hijos de padres nacidos en los Estados Unidos (500,000) viviendo principalmente en el Estado de Nuevo México. Este grupo tiene características especiales. La cultura y el idioma norteamericanos han influenciado muchísimo sobre él, puesto que se trata de la tercera y cuarta generación. Su actitud hacia el inmigrante, y de los inmigrantes hacia ellos, siempre ha sido muy compleja. Cada grupo se cree superior al otro, cultural y racialmente. Para el nacido en los Estados Unidos el inmigrante es el "cholo" o el "chicano", mientras que éste llama "pocho" a aquél. Por lo general el inmigrante es más moreno, más indio, y le da mayor importancia a su herencia indígena, en tanto que su contraparte habla de su cultura y sangre española. El inmigrante suele ser analfabeto y tampoco sabe casi nada de inglés. En general el "pocho" busca medios para separarse del mexicano llamándose "español de la Colonia", "latino-americano", o "hispano". Algunos de éstos se asimilan completamente al anglo-americano, pero la mayoría no logra este fin. En realidad, el anglo-americano ha hecho imposible la separación de "inmigrante" e "hispano"; a pesar de las supuestas distinciones considera a ambos como "mexicanos".

La segunda división cultural la constituyen los hijos de padres mexicanos: los mexicano-norteamericanos. Este sector de la población crece con rapidez y eventualmente predominará, si las leyes de inmigración siguen siendo mejoradas en este sentido por las autoridades estadounidenses. El mexicano-norteamericano hace frente a problemas algo distintos a los que confronta el "hispano". De modo inconsciente el pensamiento y la cultura mexicana predominan. Es una etapa entre el "hispano" y el "inmigrante". En los círculos sociales anglo-americanos

se le considera "mexicano" o norteamericano. Esta ambigüedad se extiende a México, donde pocos tienen claro concepto de la posición peculiar del mexicano-norteamericano. En cada caso hace falta un conocimiento del doble standard racial y cultural. Esta ambigüedad explica mejor que nada las actitudes diversas del grupo frente a la asimilación. Unos se alejarían de lo mexicano desconociendo absolutamente el parentesco cultural con la tierra de sus padres, en la creencia de que sólo en el ambiente anglo-americano puede encontrarse la aceptación completa y el término de la discriminación racial. De manera tácita se acepta entre éstos la idea de que las pésimas condiciones económicas y sociales del pueblo "mexicano" se deben a su falta de voluntad por adoptar gustosamente la cultura anglo-americana.[4] La hipótesis absuelve al anglo-americano de toda culpa por la situación del mexicano-norteamericano y olvida totalmente las diferencias de color tan importantes en los Estados Unidos. Este tipo de argumentación denota entre sus defensores un fuerte sentido de inferioridad racial y cultural; además, olvida completamente la imposibilidad del "mexicano" de conseguir igualdad social. Quiera o no, se encuentra relegado al nivel de ciudadano de segunda clase por la sociedad anglo-americana. Inútil es decir que los defensores de esta hipótesis se encuentran entre los económicamente favorecidos.

Otros sectores de la sociedad mexicano-norteamericana piensan de manera distinta. Según ellos una asimilación equitativa sólo se puede obtener por medio de una fuerte contribución cultural; hay que enfatizar y no olvidar los lazos con México. Para éstos la tesis anteriormente citada es de cobardes a quienes les falta pundonor y fe en la propia herencia biológica y cultural. La aceptación de la sociedad anglo-americana debe ganarse por la puerta principal, no por la entrada de los sirvientes. Además, un grupo social bi-cultural le dará fuerza a la sociedad anglo-americana cuyo vigor teóricamente lo obtiene de las distinciones culturales y raciales. Los defensores de este punto de vista propenden a tener más educación y algún conocimiento de México.

Pero la masa de la población de habla española no se preocupa gran cosa por estos temas de discusión. Conoce la discriminación social y económica por contacto directo; los problemas de comida y alojamiento son mucho más importantes que las disquisiciones intelectuales sobre la asimilación. La vida es dura y Dios vive lejos.

El mexicano forma el tercer sector en la población de habla española. La mayoría entró a los Estados Unidos después de 1910 y numé-

[4] El Doctor Gamio encontró en 1930 un sentido mexicano muy fuerte entre la población residente en los Estados Unidos. Preferían los valores mexicanos a los norteamericanos.

ricamente todavía es la más importante. Grandes diferencias culturales existen entre ellos y los otros grupos. El inmigrante vive en el mundo del pasado; habla español y practica las costumbres de su pueblo. sin comprender en el fondo al norteamericano. Sobre todo hay una barrera entre él y sus hijos, quienes aprenden el inglés y adoptan mucho del país anglo-americano. Por lo general el inmigrante pertenece al nivel económico y social más bajo. aunque hay excepciones.

En su mayoría la pequeña clase culta es de refugiados políticos que encontraron confortable y lucrativa la vida en los Estados Unidos; publican los periódicos y revistas mexicanos. y pertenecen a los círculos sociales del cónsul de México; son mexicanos en todo menos en residencia. Sin embargo la masa de la primera generación es semi-analfabeta y ocupada en trabajos manuales.

En general el pueblo de procedencia mexicana vive en colonias; una fracción cada día en aumento reside dentro de las comunidades anglo-americanas, fuera de los barrios mexicanos. La colonia varía desde un agrupamiento de casas chicas o chozas a comunidades de 4,000 hasta 10,000 habitantes.

Las colonias de Los Angeles tienen una población calculada de 500.000 a 1.000.000. situada en las zonas industriales y agrícolas de la ciudad y del condado. En los Angeles vive más población de descendencia mexicana que en cualquiera otra ciudad, excepto la capital de México.

San Antonio y El Paso (Texas) también tienen gran porcentaje de habitantes de habla española. La historia de las colonias por regla general es uniformemente igual. Surgieron hace unos 30 años, a la llegada de los primeros inmigrantes. Casi todas están situadas en áreas adyacentes a poblaciones anglo-americanas, aunque siempre en las zonas pobres. Su emplazamiento fué determinado por varios factores: sueldos malos, rentas pequeñas, terrenos menospreciados, prejuicios y contigüidad al empleo. Ninguna de ellas fué proyectada como comunidad, aunque algunas están situadas en pueblos abandonados. Una colonia típica está:

> . . .sobre el sitio de un fraccionamiento abandonado. dentro de un radio de curvatura de quince minutos, en automóvil, de las industrias vinícolas, almacenes de fruta, granjas de verdura, y arboledas de naranja y limón donde casi todos los residentes trabajan. Unas cuantas familias mexicanas vivieron aquí antes de la inmigración de 1910, y los recién venidos se agregaron a ellas. Hoy viven 1,500 mexicanos en las seis manzanas de casas de North Town rodeadas por terrenos agrícolas. En North Town hay un salón de billares, un cine y una pequeña tienda de abarrotes. Sin

embargo, casi todos hacen sus compras en la población cercana anglo-americana de Upland. A dos o tres cuadras de la colonia está una escuela primaria donde la matrícula es mexicana en casi el 95%.

Hay tres chozas por lote, edificios sin pintura, curtidas por la intemperie y arruinadas. La casa en uso general consiste en dos o tres cuartos y ha sido construída con restos de materiales; cuentan con 10, 20 y 30 años de edad; están sumamente limpias por dentro y se ha hecho mucho esfuerzo por hacerlas atractivas. Casi todas las casas carecen de excusados y baños y muchas no tienen electricidad. Casi cada familia tiene automóvil, radio y un sinnúmero de utensilios de casa. El agua se compra de dueños particulares a precios más altos que los que pagan los residentes de Upland.[5]

No todas las colonias se parecen a North Town. Algunas han progresado y los habitantes tienen un standard de vida adecuado. Las casas están bien hechas y sólo la distancia las separa del pueblo anglo-americano.

Desgraciadamente el aislamiento físico de las colonias ha creado un aislamiento psicológico y social que se refleja en la actitud de los residentes que con frecuencia se sienten segregados por costumbre, opinión y ley. Bajo estas condiciones es muy natural que se desarrolle entre el pueblo un complejo de inferioridad, resultado de la frustración sentida ante la imposibilidad de abrirse paso fuera de la colonia. Aun cuando las colonias "mexicanas" estuvieran físicamente al nivel de las anglo-americanas, siempre serían un peligro psicológico y social: si bien esto no ocurre en ningún caso. Se carece con frecuencia de las facilidades higiénicas y las calles son unos pantanos durante el invierno; la policía y el servicio de bomberos no ofrecen garantías. Usualmente los barrios tienen las peores escuelas, con profesores mal remunerados y descontentos porque trabajan en instituciones de segunda clase. La asistencia irregular es el resultado inevitable. Hace mucho tiempo que, por causa del olvido y la hostilidad, la colonia perdió todo interés cívico. La carencia de fondos, las barreras de idioma y el analfabetismo han sido elementos importantes, pero mucho menos que la segregación y la discriminación. La verdad es que nadie animó al mexicano a ser ciudadano de la comunidad anglo-americana.

El cambio es inevitable. Las colonias, molestas por su aislamiento, han tomado medidas para mejorarse. Dirigidos por 500.000 veteranos de la II Guerra Mundial, la actual generación de mexicano-norteame-

[5] McWilliams, *op. cit.*, p. 218.

ricanos demuestra un fuerte interés en el voto a pesar de presiones hostiles. En los últimos años ha elegido miembros de su grupo a los Consejos escolares y a los Ayuntamientos de las ciudades. Actualmente Los Angeles tiene un concejal de descendencia mexicana que representa las colonias predominantemente "mexicanas". La minoría de habla española empieza a usar su fuerza política, aunque todavía en poca escala. Si los miembros siguen ejerciendo sus derechos cívicos el político anglo-americano no podrá ignorar las necesidades de la población mexicano-norteamericana. Indudablemente con el retorno de miles de veteranos la participación política continuará. Pero la fuerza de la colonia disminuye porque la generación nueva en número cada vez mayor busca acomodo entre la comunidad anglo-americana. El caso es distinto al del negro, ya que nunca ha habido una oposición unida entre el pueblo anglo-americano contra el "mexicano" como raza, por lo cual su movimiento hacia fuera de la colonia ha encontrado menos obstáculos. Por ejemplo, la comunidad de descendencia mexicana de San Diego, California, ha dispersado sus antiguos habitantes por toda la ciudad y el condado y, donde antes de 1920 solamente un número insignificante de familias favorecidas vivían entre los anglo-americanos, hoy hay centenares. Este cambio considerable influirá mucho por acabar con prejuicios en ambos lados.

La situación del mexicano-norteamericano deja mucho que desear. No obstante, el hecho de que la mayoría de los mexicanos haya permanecido en los Estados Unidos a pesar de la discriminación muestra, de modo claro, el mejoramiento general del standard de vida en la migración de México a los Estados Unidos. Hay que recordar que casi toda la inmigración viene de las clases empobrecidas que aun hoy siguen luchando con obstáculos económicos insuperables. El cambio de residencia hizo posible ventajas concretas que hubieran sido imposibles en la patria. La verdad es que muchos mexicanos viven mejor en el extranjero que en su país de origen.

Desde luego los aspectos sociales de la vida en los Estados Unidos han mejorado. Muchos "mexicanos" encuentran poca discriminación económica o social. Afortunadamente hay suficiente aceptación del "mexicano" para que la iniciativa y la ambición individual jueguen papeles importantes.

América Indígena publica con agrado el artículo que antecede, ya que la mayoría de la inmigración mexicana a los Estados Unidos está compuesta por indios y mestizos.

EL COMPLEJO CULTURAL EN EL PERÚ Y EL PRIMER CONGRESO DE PERUANISTAS

(Lo indio, lo occidental y lo mestizo. Los prejuicios culturales, la segregación social y la creación artística).

José María Arguedas
(Perú)

Summary

The fundamental points discussed by the author are the Indian, the european and the mestizo, with sufficient emphasis on this latter. The problem of cultural mestizage is treated (he does not refer to biological mestizage), its development, its present and future state in Perú and the relation to the geographical environment, which in this country has decided historical consequences.

The author also speacks of the cultural prejudices, social segregation and artistic creation of the mestizos. "The study of the mestizo", states Mr. Arguedas, "is one of the most important tasks which anthropology in Perú should undertake. Up to now only essays containing reflections of the problem have been written. A real plan, for investigation in contact with man himself, still remains unaccomplished, with the exception of the unpublished work of Dr. Jorge C. Muelle on the Sicaya village, and the investigation being realized by the Instituto de Etnología of the Universidad de San Marcos in the community of Tupe.

Mr. Arguedas compares the problem of mestizage in Perú with that of México. Although in México, Aztec resistance was strong and sustained in the beginning, once military moral was broken, a culture was born which today is more homogeneous than that of Perú. In this country, even today, the extensive cordilleras and abrupt geographical separations continue to divide the Indian, the criollo, and the mestizo himself, almost as much as in colonial times. As for the social prejudices originated in Perú by the same cultural separation, the author affirms: "A rooted prejudice with european tones, product of an ancient and uninterrupted tradition and inculcated from childhood, weakens the character of city-born Peruvians, and especially those born in Lima. Because of this they are ignorant of their own country. When they travel through Perú, they cross the dazzling landscape and view the multiple facets of Peruvian geography, more as observers than as citizens of the country. "This is especially true of those persons brought up in the Capital."

Further on the author adds: "Cultural segregation in Perú continues cruel, sterile and anachronistic, although some progress has been made in the last twenty years. The Indian still appears as a strong personage, outstripped by the centuries in spite of indefatigable efforts for survival and adapting to the tremendous changes constantly presented by the culture surrounding him."

In conclusion, Mr. Arguedas refers to the First International Congress of Peruvianists,[1] which for reasons

[1] See "Boletín Indigenista", XII: 262-265.

which he mentions, he unfortunately "could not consider as representative of our cultural reality". He states that perhaps the most important announcement made at this Congress, was that of the project for investigating the Vicos Zone, which will be realized by Cornell University and the National Indian Institute of Perú.[2]

La unidad política y cultural realizada por los Incas en una inmensa población y territorio, diverso en lo humano y lo geográfico, dió tal poder a esta unidad que su supervivencia en los siglos venideros estaba asegurada. Es sabido cómo, para organizar el Imperio, los Incas aprovecharon con extraordinario acierto lo que había de común entre los múltiples pueblos conquistados, pueblos que a través de un larguísimo proceso habían alcanzado un alto desarrollo cultural, y por tanto, una configuración y personalidad muy definidas. Sin esta unidad tan sabiamente forjada, la cultura antigua peruana no habría podido lograr la tenaz supervivencia a que nos hemos referido.

La cultura de un Imperio de este modo sustentada, en lo humano y en el medio geográfico, no podía ser totalmente destruída por ninguna contingencia, por grave que fuera.

La organización administrativa del Virreynato tuvo que adecuarse a la configuración del antiguo Imperio. Caso semejante, aunque en menor grado, ocurrió en México. En México no se había logrado la unidad de organización social ni la unidad de cultura que realizaron los Incas. Por tal causa, si bien el primer choque de los españoles contra los mexicanos fué de mayor resistencia de parte de estos últimos que la que opusieron los Incas, rota la violenta resistencia inicial el Imperio azteca se quebró sustancialmente. En cambio, en el Perú, la rebeldía de los indios duró todo el período colonial y no se aplacó con la República. Las revoluciones de Tupac Amaru y de Pumacahua, en quienes la multitud nativa veía un símbolo propio, fueron, en cierto modo, la continuación de la primera revuelta de Manco Inca en el Cuzco. La importante sublevación de Atusparia en Ancash (1884) y otras revueltas de los indios en Puno y Ayacucho se realizaron durante la República, con una inspiración y finalidad más restringida. Estos hechos explican la mucho mayor importancia que en el Perú tiene la población autóctona y su cultura que la que ejercen y ejercieron en México los indios.

El Perú constituye por estos mismos hechos, por esta realidad, un problema subyugante para los que se dedican al estudio del hombre en cualquier nación del mundo.

---

[2] *Idem*, XII.

Al hablar de la *supervivencia* de la cultura antigua del Perú nos referimos a la existencia actual de una cultura denominada *india* que se ha mantenido, a través de los siglos, *diferenciada* de la occidental. Esta cultura, a la que llamamos *india* porque no existe ningún otro término que la nombre con la misma claridad, es el resultado del largo proceso de evolución y cambio que ha sufrido la antigua cultura peruana desde el tiempo en que recibió el impacto de la invasión española.

La vitalidad de la cultura prehispánica ha quedado comprobada en su capacidad de cambio, de asimilación de elementos ajenos. La organización social y económica, la religión, el régimen de la familia, las técnicas de fabricación y construcción de los llamados elementos materiales de la cultura, las artes; todo ha cambiado desde los tiempos de la Conquista; pero ha permanecido, a través de tantos cambios importantes, *distinta* de la occidental, a pesar de que tales y tan sustanciales cambios se han producido en la cultura autóctona peruana por la influencia que sobre ella ha ejercido la de los conquistadores.

Pero es inexacto considerar como peruano únicamente lo indio; es tan erróneo como sostener que lo antiguo permanece intangible. Sólo en las mentalidades ignorantes, tanto de la realidad humana del Perú como de las ciencias que estudian al hombre, puede surgir una idea como ésta.

Durante siglos las culturas europea e india han convivido en un mismo territorio en incesante reacción mutua, influyendo la primera sobre la otra con los crecientes medios que su potente e incomparable dinámica le ofrece; y la india defendiéndose y reaccionando gracias a que su ensamblaje interior no ha sido roto y gracias a que continúa en su medio nativo; en estos siglos, no sólo una ha intervenido sobre la otra, sino que como resultado de la incesante reacción mutua ha aparecido un personaje, un producto humano que está desplegando una actividad poderosísima, cada vez más importante: el mestizo. Hablamos en términos de cultura; no tenemos en cuenta para nada el concepto de raza. Quienquiera puede ver en el Perú indios de raza blanca y sujetos de piel cobriza, occidentales por su conducta.

El estudio del mestizo es uno de los más importantes de los que la Antropología está obligada a emprender en el Perú. Hasta el presente sólo se han escrito ensayos que contienen reflexiones sobre el problema; no se ha cumplido aún un verdadero plan de investigación en contacto con el hombre mismo, salvo el inédito trabajo del Dr. Jorge C. Muelle sobre el pueblo de Sicaya y la todavía inconclusa investi-

gación que el Instituto de Etnología de la Universidad de San Marcos está realizando en la comunidad de Tupe.

Quizá la noticia de mayor interés hecha pública en el reciente Congreso de Peruanistas fué la que dió el Dr. Holmberg, de la Universidad de Cornell, anunciando que se había iniciado el estudio de la cultura total en el Callejón de Huaylas.[3] Uno de los aspectos fundamentales que ofrece el estudio del hombre de esa región es precisamente el de la transculturación, el del mestizaje; lo han de cumplir hombres de ciencia norteamericanos y peruanos.

El conocimiento del mestizo es esencial para la buena orientación de todas las actividades nacionales en el Perú: la educación, la sanidad, la producción, los cálculos acerca de las posibilidades y el destino del País.

El mestizo es el hombre más debatido del Perú y el menos estudiado. Naturalmente no tomamos en consideración a quienes niegan su existencia. Nos bastará, para los fines de este artículo, señalar que hay infinidad de grados de mestizaje; que es muy distinto el que se forma en los pueblos pequeños de la sierra y el que aparece en las ciudades; que en lugares como Ayacucho y Huaraz, pueden encontrarse mestizos apenas diferenciados del indio y del tipo que podríamos denominar representativo del hombre asimilado por entero a la cultura occidental. Para algunos etnólogos, como Luis E. Valcárcel, el mestizo "No ha cristalizado, no ha podido cuajar sino apenas como borroso elemento de la clase media". Y "padece la doble tragedia de dos almas irreconciliables y el doble rechazo de los de arriba y de los de abajo". Los indios de las ciudades y los indomestizos (mestizo con predominio indio) son, en nuestro tiempo, los *yanakuna* de los Incas, desertores de la comunidad, desarraigados del terruño, fuera del cobijo y protección del grupo, de la gran familia".[4] Valcárcel representa la corriente pesimista acerca del mestizo. Pero toda persona que haya vivido en muchas ciudades y aldeas de la sierra, sabe por propia experiencia, que el mestizo no representa sólo "un borroso elemento de la clase media", sino la mayoría, y, en algunos casos, como el de los pueblos del valle del Alto Mantaro (Provincias de Jauja y Huancayo), la totalidad de la población de estas ciudades y aldeas. Es ésta una realidad innegable, por ejemplo, en las Provincias de Jauja y Huancayo, ya mencionadas, y en las de Calca y Urubamba, del Cuzco, para citar casos concretos. En ambas regiones, los indios han sido arrojados a las zonas altas; las aldeas y ciudades del valle están pobladas por mestizos. En el alto Mantaro a causa de la influencia del

[3] Véase *Boletín Indigenista*, XII.

[4] *Historia de la cultura antigua del Perú*, Tomo I, pp. 14 y 15.

Ferrocarril Central, uno de los más antiguos del Perú, que se convirtió en un poderoso medio de difusión de la cultura occidental y de estímulo de la producción económica del valle, creando como consecuencia, el mestizo más aculturado, más definido, laborioso e independiente del País: el llamado *huanca*, nombre significativo puesto que es el mismo que el de la antigua cultura prehispánica de la región. En las Provincias de Calca y Urubamba que ocupan parte del gran valle del Vilcanota (río sagrado de los Incas) la causa de la distribución etnográfica de la población por zonas fué distinta: los españoles capturaron las fertilísimas tierras del valle y arrojaron a los indios hacia las difíciles y frías tierras próximas a los grandes nevados; estableciéndose desde entonces un dualismo nítido e irreductible entre indios y occidentales. Las aldeas y pequeñas ciudades del valle están habitadas por funcionarios y mestizos dedicados a menudos negocios. Los hacendados viven en las coloniales villas de sus haciendas, en la ciudad del Cuzco, o en Lima.

El hombre asimilado a la cultura occidental constituye una minoría en las aldeas y pequeñas ciudades de la sierra. En la misma ciudad del Cuzco y en las otras ciudades serranas importantes como Ayacucho, Arequipa, Cajamarca, Huaraz, Puno, Jauja, Tarma, Huancayo, Cerro de Pasco y Huancavelica, ¿quienes constituyen la mayoría de la población? ¿Los hombres de cultura occidental? ¿Los indios? No; los mestizos; pues, muchos de los hombres pertenecientes a la clase denominada "alta", por representar en tales ciudades a la civilización moderna y a causa de su poderío económico, tienen mayores vínculos de los que se supone con valores característicos surgidos de la mezcla de lo occidental y lo indio: cantan en versos bilingües (quechua-español), bailan huaynos, beben chicha. El descendiente de antiguas familias españolas y de algunos inmigrantes, muy raros, que ha cuidado con infatigable constancia la pureza de sus costumbres, de sus normas de conducta, que lo identifican por entero con la cultura occidental, es un ejemplar de excepción en las pequeñas ciudades y en las aldeas de la sierra peruana, y los grandes barrios de las ciudades importantes están pobladas por mestizos. Esta realidad no es contraria, sin embargo, a la otra: que la dirección de la cultura está en manos de quienes se encuentran más próximos a la cultura occidental y de que la tendencia general sea, naturalmente, la de asimilarse a ella.

Sería inútil referirse al hecho de que la cultura occidental en el Perú tiene su máxima representación y poder en la costa, especialmente en las ciudades. Sin embargo, a medida que se realizan estudios sistemáticos en la población del campo, se descubre que la in-

fluencia de la cultura nativa en los valles costeños es mayor que la que se suponía.

Finalmente, en estos años se observa un nuevo acontecimiento demográfico que ha de influir de modo decisivo en la futura configuración cultural del Perú: el traslado constante y creciente de la población serrana hacia la costa, especialmente a Lima y a las otras ciudades. En Lima existen centenares de asociaciones representativas no sólo de las Provincias serranas sino de los Distritos. La colonia de Sañaica, pequeño pueblo de la Provincia de Chalhuanca, cuenta con más de trescientos miembros muy activos que forman una Asociación, que inscribió en la Sección de Folklore del Ministerio de Educación un conjunto de músicos y bailarinas integrado por 25 personas; y en cuatro años de actividad reunió dinero suficiente para pagar la construcción de un moderno local escolar en el pueblo de Sañaica.

Los "hijos" de las Provincias y Distritos serranos reviven en Lima sus fiestas principales en una reproducción muy aproximada del original, constituyen núcleos representativos de los intereses de sus pueblos de procedencia en la Capital. Mantienen constante vinculación con sus pueblos, se aferran a sus costumbres y tradiciones maternas. En la gran Capital, que ha triplicado su población en 20 años, se han convertido en células irradiantes de la cultura andina.

Porque estas "asociaciones" y "colonias" no están formadas por las clases que por su condición económica y sus tradiciones pertenecen a la civilización moderna en las Provincias. También los miembros de tales grupos se han trasladado en gran número a Lima, pero incorporándose a los barrios residenciales de la Capital, en una simple confluencia de elementos semejantes. Las "colonias" de provincianos están integradas por mestizos, y una minoría de indios, que llegan a Lima atraídos por la aparentemente ilimitada perspectiva de mejor suerte que ofrece la ciudad, aunque en ella se sufran "al principio" los horrores de la desocupación, del hambre y la vivienda en los barrios "clandestinos". Esta situación es siempre mejor que el de las puertas implacablemente cerradas a la "mejor suerte" que rige la vida en la mayoría de las provincias del interior. Los ya "residentes" en Lima les sirven de "cabeza de puente" para el gran salto.

Paul Rivet nos decía que esta invasión, el crecimiento de Lima por la afluencia de los serranos, era de un evidencia sorprendente, que él la percibía a simple vista. El venerable e insigne sabio contemplaba el hecho con especial regocijo.

Sin embargo el mestizo en el Perú no tiene el número, ni el poder, ni la influencia que ejerce en México, donde el territorio no está

torturado y dividido por abismos profundos e indomeñables cordilleras como las que quiebran el suelo peruano. El español tuvo en México una movilidad incomparablemente mayor que en el Perú. Nunca cruzó una diligencia de Lima al Cuzco, ni de Lima a Trujillo o Arequipa. La locomoción con tiros animales no era practicable ni en la costa ni en la sierra del Perú; el arenal suelto del desierto y los abismos de las cordilleras lo impedían. Los pueblos peruanos estuvieron siempre aislados por la topografía invencible. Y se atomizaron por eso. Hace apenas unos veinte años que las antiguas áreas culturales, que fueron respetadas durante la administración colonial, están siendo destrozadas y reordenadas por las carreteras. El aislamiento geográfico de los pueblos es la causa determinante del mayor poder e influencia que en el Perú tuvo y tiene la cultura nativa. La música folklórica de la sierra peruana es de origen antiguo, especialmente la de tipo popular bailable; porque la ceremonial religiosa (danzas y canciones) en todos los pueblos tiene una importante influencia española. En cambio la música popular mexicana es de origen español. El mayor dominio del español sobre el medio geográfico, su comunicación más fácil con Europa, precipitaron en México el proceso del mestizaje.

Contemplando la realidad cultural de México y la de algunas regiones de nuestro propio país, podemos confiar en las posibilidades de este nuevo tipo de hombre. México permanece como un mundo poderoso e irreductible, frente al más grande y pujante país de cultura sajona. Una cultura en proceso de formación, debilitada por profundas divisiones en su centro, habría sido quizás absorbida por la influencia de otra tan extraordinariamente dinámica y tan poderosamente armada de medios de difusión como la Norteamericana. El creciente resplandor de la personalidad cultural de México es la prueba más cabal del porvenir realmente ilimitado de la cultura mestiza, indoespañola o indolatina, como sea mejor denominarla.

Los prejuicios de raza y de cultura están siendo efectivamente eliminados en México. No existe en el concepto de la mayoría de los mexicanos, ni del artista ni del hombre de pensamiento, ninguna segregación preformada e implacable acerca de las diferencias humanas por razón del color de la piel o de los signos externos que manifiestan las diferencias culturales. El artista mexicano tiene la conciencia libre de trabas para buscar, contemplar y escuchar la múltiple voz del hombre de su tierra. Un orgullo inmenso de su pasado indígena le auxilia profundamente en esa búsqueda y ninguna causa le impide beber honda y legítimamente en la nutridora fuente de la belleza de su mundo geográfico.

Un arraigado prejuicio europeizante, inculcado desde la niñez, como fruto de una tradición muy antigua e ininterrumpida, se diluye en la médula del hombre nacido en las ciudades peruanas, especialmente en Lima. Por esta causa desconoce el país; y cuando lo visita, especialmente el sujeto formado en la Capital, cruza por los deslumbrantes paisajes de la múltiple geografía peruana más como un observador que como un paisano.

En los milenarios países de Europa Central el paisaje tiene mucha menos importancia formativa. Pero en el Perú, Bolivia, o México, ignorar al hombre en quien se cumplen tan complejos y subyugantes cambios, e ignorar el paisaje, es trabajar ciertamente, en forma muy semejante a la creación de tipo colonial.

Es quizá este fenómeno de desarraigo el que puede explicarnos la rápida desadaptación que en algunos espíritus débiles de nuestros países causan —especialmente en estos años— la permanencia en Europa y la elección exclusiva de la literatura y artes plásticas europeas como modelos de trabajo.

Sin una sustancial relación con los fuertes caracteres del Perú como país, y sin una llama verdaderamente inextinguible y profunda de inspiración, los espíritus débiles no se nutren con las extrañas corrientes en las que se ven envueltos, sino que se acaban y agotan girando tras inalcanzables modelos; porque carecen de vínculos reales con alguna región del mundo. El universalismo puro, abstracto, aún no existe. El hombre adquiere sus caracteres particulares tanto en el vientre materno como en el seno de la comunidad, en la cual se forma. En nuestros tiempos esta necesidad de comunión con el hombre y el paisaje nativos, y a través de él con el universo, aparece al mismo tiempo que la "desesperación" y el individualismo extremo de quienes por haber perdido toda clase de vínculos de esta naturaleza se ven frente al vacío. La primera actitud representa la continuación de la fe constante en el ilimitado porvenir de la especie humana; la segunda, la expresión breve y congestionada de la crisis de angustia de que padece un grupo de artistas e intelectuales europeos.

En el Perú la segregación cultural sigue siendo cruel, esterilizante y anacrónica aunque se ha progresado algo en los últimos veinte años. El indio aparece todavía como un personaje inmenso, rezagado en siglos, a pesar de su infatigable esfuerzo de supervivencia y de adaptación a los grandes cambios —cambios a saltos— que da constantemente la cultura que lo rodea. El indio se diluye en el Perú con una lentitud pavorosa. En México es ya una figura pequeña y pronto se habrá confundido con la gran nacionalidad. El caso del indio se ha

convertido en el Perú en un problema de creciente gravedad. El proceso del mestizaje es, como ya dijimos, de una lentitud pavorosa. Se produce en las ciudades y en ciertas aldeas. Pero en las grandes regiones pobladas exclusivamente por indios —casi todo el Departamento de Puno, el más denso de la sierra peruana, la mayor parte de los Departamentos de Ancash, Huánuco, Ayacucho, Apurimac, Huancavelica y Cuzco— la cultura *india* permanece íntegra. La miseria económica y la segregación cultural la rodea y aisla como un anillo de hierro.

El Primer Congreso Internacional de Peruanistas no pudo considerar, desventuradamente, este complejo cuadro de nuestra realidad cultural. La falta de trabajos de investigación completos sobre las fases sustanciales del problema y los defectos de organización del Congreso mismo, fueron las causas determinantes de este hecho. La Comisión única de Arqueología, Etnología, Folklore y Arte tuvo que marchar improvisada y desordenadamente. La reunión para tratar el capital problema de los cuadros culturales quedó trunca. Se desvirtuó y quedó igualmente inconclusa la reunión en que se estudiaban la relaciones de la Etnología y el Folklore. El Congreso se convirtió así en una asamblea de historiadores y arqueólogos. Hecho que algunos comentaristas han interpretado, equivocadamente, como fruto de un plan premeditado para prestar atención sólo a lo "indigenista" y lo "hispanista".

Deseamos para el Segundo Congreso más tiempo y meditación en su período preparatorio y una mejor coordinación del trabajo en sus Comisiones a fin de que la presencia de los eminentes hombres de ciencia europeos y americanos que asistan a él como asistieron al primero, sea mejor aprovechada para el estudio del complejo cuadro de la cultura peruana que hemos intentado describir.

Mujeres zapotecas (México) mostrando su indumentaria típica.
Foto: Enrique Hernández M.

LA EDUCACIÓN INDÍGENA EN LAS SELVAS DE BOLIVIA

Por Max A. Bairon
(Bolivia)

Summary

The following is a short study rich in data, not original but extremely revealing of well-known angles of the Indian problem, which because they are well-known, are forgotten. Under the general heading of education, M. A. Bairon tells a great deal about the sad and barbaric living conditions still existing today among the numerous Indian tribes of Bolivia.

Discussing the educational problem of the Bolivian masses in general, a problem "still not resolved and extremely difficult to resolve in a near future", the author divides it into five classes: education for the forest Indians, for the Indians, rural education, education for the population in mining centers, and for the urban inhabitants. As for the jungle Indian, Mr. Bairon affirms that only education can begin the task of redeeming the aborigines lost in the forest; the efforts realized by the missionaries and the military garrisons have been minimum and transitory, which is not strange as the aims of these institutions have not been precisely to educate the Indians.

The 1950 Census, although not absolutely correct, calculated the Indian jungle population at 87,000, distributed principally in the Departments of Beni, Cochabamba, Chuquisaca, La Paz, Pando, Santa Cruz and Tarija. The author lists the names of the better known of the numerous Indian groups inhabiting these sections. He points up the necessity of augmenting the extremely small number of educational centers (some of them Government schools, others in charge of religious missionaries, and a few maintained by land owners and other privated individuals interested in reducing ignorance in order to obtain workers). Those centers which have shown stability and marked advancement are Parapeti, Guarayos, Chapare, Moré and Casarabe.

In conclusion the author gives a biographical sketch of the cultural, or rather the primitive state of the Sirionó, Yanahigua and Yuracaré tribes.

The first group adapt easily to civilization and to the life of the haciendas, where many are employed. They are known as "cambas", a generic name given all savage Indians captured in the various jungle raids or those Indians captured in childhood and brought up on the haciendas.

Of all the tribes that roam the forests of eastern Bolivia, the Yanahiguas are the most warlike and difficult to subjugate. They prefer death to falling prisoners to the whites, whom they fear and hate, and will kill their children if the only alternative is capture. For many years they have been the irreconcilable enemies of the Sirionós, whom they ousted from their forest lands.

The Yucararés are well known for their white spotted skin and for their swimming and fishing abilities. They are the most sedentary and docile of all the groups, even to the point where many voluntarily approach white centers of civilization.

All these Indians have excellent physiques and are

magnificent workers, recognized for their intelligent and vivacious qualities.

The jungle Indians of Bolivia inhabit a territory extremely rich in natural products, extending 300,000 Kms.[2]

Bolivia, en realidad. enfrenta cinco clases de problemas educativos fundamentales, no resueltos al presente e imposible de resolverlos en un futuro próximo; ellos son: educación selvícola, indígena, rural, minera y urbana. Cada uno de estos problemas, tiene sus características propias y exige atenciones y resoluciones específicas. En teoría. los maestros han podido estudiar y proponer los medios para resolverlos, pero en cambio, en la práctica, el factor económico condenó al fracaso todo propósito de realizaciones: hoy por hoy, Bolivia es el país más pobre y su moneda la más baja del mundo: 200 pesos bolivianos por 1 dólar... y una escasez de divisas, que asombra y causa terror y pesadumbre.

Educación selvícola

Se refiere a la recuperación nacional de las tribus de indígenas salvajes por medio de la educación, para incorporarlos a la vida civilizada. Decimos por medio de la educación, porque hace 400 años que los misioneros religiosos y las guarniciones militares, se esfuerzan por dominarlos y someterlos a la esclavitud; pero con pasajeros resultados, porque el indio que recobra lo que más quiere, la libertad, huye a sus inmensas e impenetrables selvas, desde donde, periódicamente, aparece para asaltar las estancias y dar muerte cruel a los blancos, para luego internarse nuevamente en sus bosques indesentrañables...

Según los técnicos que tuvieron a su cargo la realización del censo nacional de 1950, la población selvícola de Bolivia ha sido calculada en 87,000 habitantes, a base de estadísticas de "organizaciones catequísticas"; lo que quiere decir que es una apreciación muy superficial y bastante alejada de la realidad.

Son numerosísimas las tribus salvajes que pueblan el territorio boliviano, principalmente en los Departamentos de Beni, Cochabamba, Chuquisaca, La Paz, Pando, Santa Cruz y Tarija. Puede asegurarse que pasan de un centenar; siendo también evidente que algunas de ellas ya han desaparecido, exterminándose entre sí en sus continuas guerras, o fusionándose las unas en las otras. De acuerdo con la población selvícola censada, la distribución de las tribus más conocidas de indios salvajes es la siguiente:

Departamento de Beni: Sirionós, Mojeños, Yuracarés, Sirineires, Iténez, Simonianos, Pausernas, Baures, Paunacas, Canichanas, Joras,

Curuguas, Gentíos, Chacobos, Chamas, Tacanas, Chimanes, Movimas, Yaris, Sinabos, Cayubabas, Itomas, Casarabes;

Departamento de Cochabamba: Sirionós, Yuracarés y otros;

Departamento de Chuquisaca: Chorotis y Chiriguanos;

Departamento de La Paz: Chamas, Chimanes, Guarayos, Guacanaguas, Lecos;

Departamento de Pando: Araonas, Toronomas, Pacaguaras, Machicangas;

Departamento de Santa Cruz: Guarayos, Sarabecas, Bororeses, Chiquitanos, Chamacocos, Zamucos, Carigües, Potoreras, Yanaiguas, Izoceños, Chiriguanos, Lenguas, Tapietis, Sirionós, Penoquiquias, Otuquis, Guatoses, Yuracarés;

Departamento de Tarija: Chiriguanos, Matacos, Tobas, Chulupis, Guaycurús, Güianais, Chaneses.

Todas estas tribus de indios salvajes o bárbaros, como se les llama, se expresan en diferentes dialectos. Han sido estudiados y se posee algún vocabulario de 40 dialectos.

La escuela ha llegado hasta el corazón de los núcleos selvícolas más importantes, pero las demás tribus siguen errantes por los bosques, alejadas de todo contacto con la civilización y en declarada guerra a muerte con el blanco.

Han demostrado estabilidad y notable adelanto los centros de educación selvícola establecidos en: Parapetí y Guarayos (Santa Cruz); Chapare (Cochabamba); More y Casarabe (Beni). Estos establecimiento son de carácter fiscal, sostenidos por el gobierno y a cargo de maestros de reconocido mérito y experiencia en la noble y abnegada labor de redimir a los salvajes e incorporarlos a la vida nacional.

Fuera de estos planteles, funcionan otros a cargo de misioneros religiosos de diversas órdenes y también de personas particulares o hacendados interesados en obtener brazos, mediante la reducción de los niños salvajes.

Esta pequeña enunciación de las escuelas selvícolas, tan sintética como su propio número y significación, demuestra a las claras, que el Estado casi nada ha hecho para educar a los 100,000 primitivos, que habitan en unos 300,000 Kms.^{2} de su territorio, superficie tan grande como la de Italia y más rica en producciones de caucho, castañas, cacao, tabaco, arroz, caña de azúcar, café, yuca, frutas tropicales, vainilla, maderas de cien variedades preciosas; con extensas praderas de excelente pasto aptas para la crianza del ganado; con ríos navegables y lagunas pobladas de aves de hermoso plumaje, peces de varias clases; caimanes que dan aceite y cueros muy estimados; fieras de pieles altamente cotizadas, oro en sus riachuelos y otros metales en sus

serranías ocultas por la maraña selvática, y es allí donde también surgieron los pozos de petróleo que hoy se explotan y los que mañana se explotarán en la Provincia Iturralde, desalojando a los Chamas, Chimanes y Lecos.

Todo este territorio, está despoblado y es poco conocido, siendo atractivo de exploradores y aventureros, muchos de los cuales se perdieron tragados por el misterio de la selva.

El estudio total de las tribus salvajes que pueblan algunas regiones del territorio boliviano no se ha acometido hasta la fecha, y para hacerlo de nuestra parte nos falta experiencia, por lo que nos referiremos simplemente a las más conocidas, basándonos en los informes de maestros inquietos y en las investigaciones personales que realizamos cuando nos tocó el turno de ocupar los cargos de Jefe del Departamento de Educación Rural y Vocal del Consejo Nacional de Educación.

La tribu Sirionó

Los salvajes de esta tribu ya han sido atraídos por la escuela, y los núcleos de Casarabe y Moré son prósperos refugios donde han encontrado amistad, simpatía, generosidad y educación. En sus internados, ensayan una vida nueva para los hijos de la selva, que a pocos pasos de la escuela se alza tupida y sombría, atrayéndolos como el abismo, pero que una nueva conciencia la resiste y la rechaza.

No todos van a la escuela, pero los neófitos educados volverán a la selva para invitar a salir a los que quedaron reacios y a acercarse a la escuela, que los espera con el inmenso afecto de un grande hogar.

Los Sirionós son de tez bronceada; talla mediana, semi-desnudos, armados de flechas y de un gran arco; viven de la caza y la pesca; guerrean frecuentemente con los Yanahiguas, sus seculares enemigos, quienes los han ido empujando de sus dominios y con ellos han cometido crueles matanzas hasta imponerse por el terror; a tal extremo, que los Sirionós reconocen a distancia la presencia de los Yanahiguas mediante el olfato, e inmediatamente huyen para no caer y ser irremediablemente sacrificados.

Los Sirionós son fácilmente reducibles a la civilización. En las haciendas de Santa Cruz cuentan entre sus braceros a individuos sirionós, conocidos bajo el nombre genérico de "cambas", dado a todos los indios salvajes capturados en las distintas batidas que realizan a la selva, o criados desde niños —cuando caen vivos en manos de sus "cazadores".

Se distinguen por ser de temperamento tranquilo; muy aptos para asimilar los conocimientos y costumbres de los blancos; se esfuerzan por aprender el español y a leer y escribir; gustan de las comidas,

bebidas y de los vestidos de los blancos; son buenos agricultores y resistentes para el trabajo tropical.

Los núcleos escolares de Casarabe y Moré han visto facilitado su trabajo, por la buena calidad del elemento confiado a su misión educadora.

La recuperación realizada por iniciativa privada no es totalmente educadora ni altruista; se basa en el interés de conquistar brazos para el trabajo agrícola y ganadero en las haciendas.

La tribu Yanahigua

Los indios de esta tribu son considerados como los más feroces, aguerridos e insojuzgables de todos los que vagan por las selvas del "oriente boliviano". Sus seculares enemigos son los Sirionós, a los que van desalojando de los bosques que ocupaban y consumando matanzas despiadadas entre ellos, como ya se apuntó antes.

Los Yanahiguas son de mediana estatura; piel tostada. color de bronce, físicamente bien conformados. Por lo general se presentan desnudos; nunca dejan sus armas, que consisten en flechas y un arco para dispararlas; garrotes y mazas de chonta que les sirven para ultimar a sus enemigos.

Rebeldes y altivos, en ningún tiempo se han resignado a vivir fuera de la libertad de sus selvas. La tradición conserva la memoria de algunas reducciones logradas por misioneros jesuítas; pero luego que recobraron su libertad, volvieron a la selva, olvidando las enseñanzas de los religiosos civilizadores y, dominados por influencias ancestrales, tornaron a ser más salvajes que nunca. Jamás caen prisioneros, prefiriendo la muerte antes que someterse al dominio de los blancos, quizá por el terror que, como resabio del pasado, quedó en la tribu, trasmitido de generación en generación, para temer al blanco; por esta misma razón, prefieren matar a sus hijos, si no pueden huir con ellos, antes que permitir caigan vivos en poder de religiosos, militares o grupos de civiles que realizan batidas para limpiar de bárbaros las proximidades de los poblados, haciendas y caminos.

Se han ingeniado para añadir a sus flechas una púa aguzada de alambre de telégrafo, y por los buenos resultados que seguramente han obtenido, son el azote de las líneas telegráficas, a las que dañan en grandes extensiones.

Algunos exploradores, misioneros y maestros que han podido aproximarse a los Yanahiguas, están acordes en conceptuarlos como indígenas vivaces, inteligentes, cuyo sometimiento e incorporación a la vida civilizada significaría una valiosa conquista humana para Bolivia; desgraciadamente, muchos son los abusos y crueles maltratos da-

dos a los neófitos por los blancos para que puedan aceptar su amistad sin recelos ni temores. Referente a su dialecto, no dejan de admirar la sonoridad y dulzura de sus expresiones, encontrando cierto parecido con el italiano, citándonos voces como éstas: *yodí:* agua; *plini:* sombra; *ludici:* la senda.

Todas las tribus salvajes temen y odian a los blancos, porque les recuerdan constantemente las matanzas que realizan en las batidas punitivas; el secuestro de sus hijos para esclavizarlos y los trabajos forzados a que son sometidos los adultos, a plan de látigo y una mísera alimentación. ¡Y cuántas veces también, los viajeros que se aventuran por los caminos que cruzan la selva y divisan a un salvaje, aun cuando aparentemente esté en actitud pacífica, no vacilan en disparar sus armas; y cuando le toca el turno, el salvaje hace lo propio!

La escuela no ha intentado siquiera acercarse, menos penetrar en los dominios de los selvícolas yanahiguas. Lejos de toda obra civilizadora y acción educativa, éstos seguirán llevando su vida nómada por los bosques, hasta desaparecer un día, por el exterminio, como desaparecieron ya tantas otras tribus, sin que la escuela haya podido, para salvarlos, apoderarse al menos, del alma de los niños. Y así se perderá también hasta el recuerdo de los dialectos, costumbres y tradiciones de los indios que poblaron las selvas; el polvo del olvido cubrirá, como si nunca hubieran existido, los lugares por donde pasaron estas tribus primitivas, sin dejar más rastro que las cenizas en el sitio que acamparon...

La tribu Yuracaré

Los indios de la tribu Yuracaré habitan a orillas de los grandes ríos del Chapare y el Ichilo, por lo que son excelentes nadadores y pescadores. Físicamente son de constitución robusta, estatura más que mediana; tienen la piel despigmentada, especialmente en la cara, que presenta manchas blanquecinas, debido a alguna afección epidérmica producida por hongos acuáticos o el vitíligo que, entre ellos, se ha vuelto una afección hereditaria y común a toda la tribu. Esta afección no es reciente; ya antes de la conquista por los españoles, los Quechuas, que invadieron en la época de los Incas hasta los bosques habitados por los Yuracarés, encontraron a éstos presentando en la piel esas características manchas blancas, por lo cual, habríanlos denominado: "YURAC-HJARIS", que en lengua quechua quiere decir: "*Los Hombres Blancos*", de donde les vendría la nominación de *Yuracarés*, dada a la tribu. Esta referencia, conservada por la tradición, que se remonta a unos 600 años atrás, deja una incógnita: la de saber cuál fué el nombre que tuvieron antes de que los Quechuas los distinguieran con el de

Yuracarés; o simplemente se trata de una coincidencia lingüística casual.

Los Yuracarés, más sedentarios y dóciles, se han aproximado espontáneamente a los establecimientos de los blancos, siendo empleados en los trabajos agrícolas con gran eficiencia. Ellos mismos tienen sus chacos para cultivar yuca, arroz, etc.

Como todos los salvajes, prefieren la caza y la pesca, distinguiéndose por sus cualidades de buenos nadadores y hábiles remeros en sus rústicas canoas. Para cazar, imitan los gritos de los animales a fin de aproximarse sin ser descubiertos por la presa. El bosque tiene abundancia de aves, de fieras y toda clase de animales para el cazador astuto y diestro, y también le brinda variedad de frutos silvestres, que resuelven el problema de su alimentación; por estas ventajas que ofrece la naturaleza, los salvajes, aun después de ser catequizados, nunca dejan de internarse a la selva, y cuando se desposan, concluída la ceremonia del matrimonio con un ritual muy característico, la pareja de recién casados, se aleja perdiéndose en la maraña del bosque, mientras la tribu continúa bailando y bebiendo durante semanas enteras.

La escuela ha sabido aprovecharse de las buenas disposiciones de esta tribu para realizar su obra educativa, con todo éxito. Funciona el Núcleo Escolar Selvícola del Chapare, con varias otras escuelas seccionales, a las que asisten un buen número de niños yuracarés. El interés privado ha establecido también varias escuelas particulares, rivalizando con las del Estado.

The Blackfeet Peace Pipe ceremony. Blackfeet Indian Reservation, Montana, U. S. A.
Photo: U. S. Indian Service

BRASIL INDÍGENA

Por A. S. Oliveira Júnior.
(Brasil)

Summary

Due to various historical-social reasons we cannot go into here, the American Indian problem is not uniformly "distributed" if this term can be used, throughout the various countries of the continent. Bolivia, Ecuador, Guatemala, Mexico and Perú are in the forefront as far as this problem is concerned, while other countries such as Uruguay and the Antilles have no problem at all. The balance of the nations occupy an intermediate position with distinct modalities. Among these figures Brazil. If one compares the number of Indian inhabitants with the total population, and the country's geographical extension, Brazil cannot be classified as a nation with a high percentage of Indian inhabitants such as Guatemala and Perú. If the classification however, is based on pro-Indian labor realized by these countries, Brazil would occupy perhaps first place among the pioneers of Indianism.

Constant notices and articles on the Brazilian Indian problem have appeared on various occasions in the pages of our magazines. Of these, perhaps the most important was the series titled "O problema de Civilização dos índios no Brazil", América Indígena, III: 153-160 and 329-335, and "índios do Brasil" Idem, V: 309-315, and VI: 67-82, 139-148, 275-288, 329-335, written several years ago by Sr. Coronel Amilcar A. Bothelo de Magalhães, Secretary of Conselho Nacional de Proteção aos índios. The Institute in 1947, published the second of this series in a special edition, pamphlet form (96 pp.). This work is essentially important for a knowledge of the principal Indian groups and their geographical distribution.

In this issue we start another series of articles which treat the problem itself and the country's efforts to resolve this problem, specifically through the two large organizations dedicated to this purpose; the Conselho already mentioned, and the Serviço de Proteção aos índios.

The first article of the series by Mr. Oliveira Junior, discusses generally the amplitude of the problem, not so much for the number of Indians, by no means insignificant, but principally for the vast area they inhabit, part of it jungle and almost inaccessible. He also speaks of the limited economic resources available annually for the multiple aspects presented by this problem.

I

EL BRASIL Y LA COMPLEJIDAD DE SU PROBLEMA INDÍGENA

Al meditar sobre la organización de una serie de artículos vinculados con el asunto indígena, nos pareció esencial tratar de varios temas, de acuerdo con un plan establecido de antemano y que permita dar una elucidación, tan completa como sea posible, sobre cuanto se refiera a los aborígenes del Brasil.

Nuestro trabajo, va a constar de las siguientes partes:

1) El Brasil y la complejidad de su problema indígena;
2) La Legislación sobre el indio brasileño hasta la implantación de la República;
3) La República Brasileña y su valioso concurso para el mejoramiento de las condiciones sociales del aborigen;
4) La imparcialidad del órgano indigenista brasileño, frente a las creencias de los aborígenes;
5) Necesidad de adiestrar el personal destinado a trabajar junto a los indios brasileños;
6) La preponderancia del error en los cálculos estadísticos sobre la población indígena brasileña;
7) La preservación de la salud del indio brasileño;
8) Métodos empleados en el Brasil para el aprovechamiento de la mano de obra de los indios;
9) La influencia de los aborígenes en la lengua que se habla y escribe en el Brasil;
10) El papel preponderante ejercido por la "Comisión Rondon" en las relaciones entre los civilizados y los indios del Brasil.

* * *

Desde muy niños hemos oído hablar de indios. Gran atención prestábamos cuando nuestro inolvidable abuelo, D. José Maduell Coca nos contaba sus hazañas realizadas en 1894, en el interior del Estado de Santa Catarina (Sur del Brasil), año en que capitaneaba una expedición compuesta de españoles y que inútilmente trataba de localizar una mina de plata. Orgullosamente nos contaba que aun estando su expedición perfectamente armada, siempre que encontraba huellas de los "bugres" Botocudos, cambiaba de rumbo y huía, con el fin de no hacerles daño en la hipótesis de una lucha que sería desigual teniéndose en cuenta la superioridad de armas que sobre ellos poseían.

Los tiempos pasaron y quedaron en nuestro recuerdo los episodios de "Bufalo Bill", "El Último de los Mohicanos" y tantos otros cuentos seriados, que angustiosamente seguíamos en las revistas juveniles; lo mismo que nos llenaba de entusiasmo la lectura de los grandes periódicos europeos con noticias respecto del viaje, exploración y desaparición del Coronel Fawcett.

Esta fué nuestra formación y estamos seguros de que si no hubiéramos tenido tenaz oposición de nuestro padre, pese a la poca edad, habríamos intentado figurar en una de las muchas expediciones de salvamento que se organizaron entonces.

Algo, entretanto, nos orientaba hacia el indigenismo. En los estudios efectuados en el Museo Histórico Nacional de Río de Janeiro,

en donde tuvimos como profesor de Arqueología a Angyone Costa, autor del gran libro *Indiología*, una vez más el aborigen ocupaba nuestra particular atención, hasta que el destino nos proporcionó la dicha de ingresar como colaborador del Servicio de Conclusión de la Carta Geográfica del Estado de Mato-Grosso, dependiente del Ministerio de la Guerra y secuencia de la antigua "Comisión de Líneas Telegráficas Estratégicas de Mato-Grosso al Amazonas" o como fué más sencillamente llamada, de la "Comisión Rondon". Más tarde, en 1942, este Servicio fué transferido al Ministerio de Agricultura, es decir al Consejo Nacional de Protección a los Indios.

Desde entonces han transcurrido más de diez años, durante los cuales tuvimos oportunidad de familiarizarnos con todos los sectores de actividad del órgano máximo que el Brasil mantiene para dar orientación a los trabajos que se hallan a cargo del Servicio de Protección a los Indios; por eso disponemos de amplios recursos informativos que nos permiten tratar del asuntos con conocimiento y seguridad.

Así, al iniciar esta serie de artículos, hemos resuelto referirnos a la complejidad del problema indígena en el Brasil, ya que este país se halla en condiciones más difíciles que las demás naciones americanas, las cuales, en buena hora comprendieron que serían inútiles los esfuerzos aislados porque la solución del problema sólo podría ser encontrada con la cooperación moral, intelectual y política de todos; por esta razón se creó el Instituto Indigenista Interamericano —con oficinas centrales en México— gracias a cuyo país nuestro hemisferio cuenta con esta excelente publicación.

Actualmente el indigenismo no puede ser encarado como un problema insoluble. Cualquier aficionado, guiándose por una media docena de obras, como "Epítome de Culturología", de José Imbelloni; "Antropología", de R. R. Marett; "Etnografía", de M. Haberlandt y otros por el estilo, puede perfectamente tener una idea del asunto, y conocer los recursos de que los civilizados se pueden valer para dirigir con éxito sus relaciones con los aborígenes.

Claro que esto no es suficiente, sobre todo en el Brasil, que además de no poder disfrutar todavía de los beneficios directos de su adhesión al Instituto Indigenista Interamericano, tiene que enfrentar una situación muy especial, teniendo en cuenta la excepcional superficie de 8.511,189 Kms. cuadrados del país, siendo 4,390 Kms. en dirección Norte-Sur y 4,353 Kms. en la de Este a Oeste.

Esa gran extensión territorial que abarca la mayor variedad de climas y de características geográficas, está poblada por numerosas tribus de aborígenes, siendos unos excelentes cazadores, mientras otros se dedican particularmente a la pesca, a la agricultura, a la cría, a las

pequeñas industrias, cuando sobre tales individuos se hacen sentir más los efectos de su contacto con la civilización.

En 1950, las tribus indígenas existentes en el Brasil y de las cuales el Servicio de Protección a los Indios tenía conocimiento oficial, pasaban de cien.

Lamentablemente, por diversos motivos, los recursos obtenidos en el presupuesto oficial de la Nación no son proporcionados por el Gobierno en cantidad suficiente. De este modo el Servicio de Protección a los Indios no puede atender las necesidades primordiales, ni ocasión por tanto de ayudar a la mayor parte de estas tribus, quedando algunas de ellas en completo olvido, manteniéndose en las selvas, bajo los más primitivos sistemas de vida; otras tribus mantienen las mejores relaciones con las misiones católicas y protestantes que en el Brasil gozan, por parte del Gobierno y por lo tanto, por parte del Servicio de Protección a los Indios, de la mayor libertad de acción para convivir con los indios, en tanto no sean explotados u ofendidos.

Por lo expuesto, pueden los lectores darse cuenta de los obstáculos que existen y que dificultan los trabajos en que está empeñado el Consejo Nacional de Protección a los Indios que tiene en su dirección máxima la inconfundible personalidad del General de División Cândido Mariano da Silva Rondon, incansable apóstol de la redención del aborigen americano, cuyo nombre, por este motivo, debería inscribirse como el del más notable amigo del indio.

El área del país es inmensa, la población indígena considerable y dividida, y los recursos financieros absolutamente insuficientes. A pesar de lo cual el Servicio de Protección a los Indios realiza un verdadero milagro intentando por todos los medios dar solución adecuada a los problemas que tiene de enfrentar y que pueden dividirse en los siguientes grupos:

PROBLEMA DEL INDIO

- ORGANIZACIÓN POLÍTICA: Revisión de las leyes antiguas y organización del CÓDIGO DEL INDIO, en que deberán ser estipulados sus derechos y ofrecidas garantías a sus propiedades.
- PROTECCIÓN Y ASISTENCIA: Fiscalización efectiva y eficiente para que el indio no sea explotado y ofendido y para que reciba la conveniente protección y asistencia.
- EVOLUCIÓN SOCIAL: Fomento de las investigaciones sobre la evolución social del indio, a fin de documentar su pasado histórico, lingüístico, etc., y de que sean adoptados los medios convenientes para su desenvolvimiento normal y su incorporación a la civilización.

ENSEÑANZA Y ASISTENCIA MÉDICA	Aplicación de métodos adecuados para la enseñanza gradual del indio y para garantizarle la conveniente asistencia médica.
FOMENTO DE INDUSTRIA Y COMERCIO	Enseñanza gradual a los indios, de los sistemas de trabajo individual y de organización de pequeñas industrias y del establecimiento de pequeñas casas de comercio.

Para llegar a los resultados deseados, se tiene que dar en primer término particular importancia al punto de vista geográfico, para que el órgano supremo de la Protección a los indios, pueda fijar con relativa precisión, la situación topográfica de las tribus existentes en el país. Por ahora, con excepción del mapa etnográfico, sin divulgación alguna, elaborado por Kurt Unkel, naturalizado brasileño con el nombre indígena de Nimuendajú, no posee el país ningún Mapa de este género, a pesar de existir apuntes olvidados con los cuales el Servicio de Protección a los Indios trató —infructuosamente hasta ahora— de confeccionar un mapa completo de detalles. Cumple hacer aquí un paréntesis.

Es necesario recordar que el General Rondon, desde sus primeras exploraciones geográficas por el interior del Brasil, cuando comandó y dirigió la Comisión de Líneas Telegráficas Estratégicas del Estado de Mato-Grosso al Amazonas, posteriormente llamada "Comisión Rondon", reunió elementos excepcionales para la construcción de la Carta del Estado de Mato-Grosso y Regiones Circunvecinas, en la cual, con los aportes recogidos personalmente y los de sus compañeros de expedición, el General Francisco Jaguaribe Gomes de Mattos está para presentar dentro de pocos meses, los mejores y más completos datos sobre la localización de las tribus indígenas. Esa gran carta geográfica estuvo sujeta a numerosos contratiempos de orden material, que retardaron su conclusión; pero ahora, cuando nos fué dado el placer de examinar las respectivas pruebas de impresión, nos hemos convencido de que el General Jaguaribe Gomes de Mattos tuvo buenos motivos para retrasar su publicación, ya que esa carta será sin la menor duda una de las más importantes y perfectas de todos los tiempos.

Con tales elementos indispensables para una acción de dirección conjunta, el órgano responsable por el destino de la población indígena adoptaría las medidas esenciales para la realización de una política definitiva y bien delineada.

Asumiendo el papel de un gran comando, el órgano central, al disponer de todos los informes sobre la vida y costumbres de los aborígenes, así como sobre sus necesidades —variables, de conformidad

con las regiones por ellos habitadas— trataría de efectuar a la mayor brevedad posible la revisión general de las leyes antiguas existentes y aplicadas al aborigen del Brasil, con la finalidad de elaborar el "Código del Indio", en el que serían estipulados con todos sus derechos, obligaciones y deberes de los indios ya asimilados por la civilización y en el cual, igualmente, serían ofrecidas garantías a la posesión de sus tierras y propiedades, fijándose las penas aplicables a quienes, en una forma u otra eliminen, persigan, exploten, roben u ofendan al aborigen.

Resuelta esta importante parte referente a la organización política de la población aborigen, el órgano central trataría de otro fundamental aspecto; el de la protección y asistencia al indio, con finalidades policíacas, es decir, efectuando una fiscalización efectiva y eficiente para que las leyes se cumplan y, de este modo, que el indio no sea explotado u ofendido, garantizándole la percepción de los recursos en utilidades que ordinariamente el Gobierno les consigna.

Otro punto a ser tratado con particular atención y de forma permanente, es el referente a la evolución social, debiéndose fomentar intensamente las investigaciones sobre la vida del aborigen, en todos sus aspectos; histórico, etnográfico, lingüístico, etc., a fin de reunir la documentación más perfecta y completa sobre los primitivos pobladores del país, quienes, de acuerdo con el esquema presentado, deberían reclamar la atención del órgano central en lo referente a la enseñanza gradual de los indios, de acuerdo con su estado de civilización, debiendo asegurárseles paralelamente toda protección sanitaria que desgraciadamente por falta de recursos, es mínima e ineficaz.

Finalmente coronando este amplio programa, habría que fomentar el trabajo individual del indio —en su provecho propio— con la organización de pequeñas industrias. Hace algunos años que el infatigable General Rondon viene haciendo insistentes proposiciones en el sentido de que el Gobierno ayude al Servicio de Protección a los Indios para abordar convenientemente este asunto. Si sus oportunas sugerencias hubiesen tenido eco, habrían podido enviarse equipos de instructores especiales para enseñar a los indios a sacar todo el provecho del cultivo de la tierra, en el caso de que tengan propensión para este género de trabajo, así como a enseñarles a sacar el mayor rendimiento de la caza, pesca, cría de ganado, si viven en regiones favorecidas en este campo y demuestran sus preferencias para este género de actividades. Pero transcurren los años y la sugerencia sigue en pie, sin que nadie hasta ahora haya hecho algo para concretarla.

Todo lo dicho evidencia la complejidad del problema indígena en el Brasil, en donde existen indios en diversas fases de desenvolvimiento y civilización. Así como en este país se llega al punto de encontrar

aún grupos de indios desconocidos, que viven perfectamente en la edad de piedra, con sus armas y utensilios rudimentarios, las autoridades se enfrentan a cada paso con otros problemas, cuando tropiezan con indios que se educaron entre los civilizados y se convirtieron en conferencistas y charlatanes. Agreguemos el caso de los mestizos que se arrogan el derecho de asistencia y protección con el único objetivo de vivir cómodamente y sin trabajar, con los recursos que el Servicio de Protección a los Indios suele dar, aisladamente, a los aborígenes que llegan a la capital o a las principales ciudades.

Tipo representativo de los Lacandones. "Caribal" Cashlán Capitán, México

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

HISTORIA DE LAS INDIAS, por *Fray Bartolomé de las Casas*. Edición de Agustín Millares Carlo. Estudio Preliminar de Lewis Hanke (LXXXVI pp.). Tomo I, 517 pp. Tomo II, 611 pp. Tomo III, 525 pp. Biblioteca Americana del Fondo de Cultura Económica. México, 1951.

Fray Bartolomé tiene para el movimiento indigenista un valor inapreciable por haber sido no sólo quien inició la lucha en pro de los aborígenes, sino también la cabeza visible sobre la que durante 400 años han descargado sus iras, insultos y desprecio todos los hispanistas obcecados —consciente o inconscientemente— por el deseo de justificar a toda costa el modo cómo los Conquistadores españoles —no digo España— actuaron en América durante los siglos XV a XVIII.

Por esta razón hemos acogido con gran interés la presente obra. Otros trabajos de Las Casas están ya al alcance de los estudiosos en cuidadas ediciones: *Apologética Historia de las Indias* (Madrid, 1909); *Del único modo de atraer a todos los pueblos la verdadera religión* (Fondo de Cultura Económica, 1942. Advertencia preliminar y edición de A. Millares Carlo, Introducción de Lewis Hanke); *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1542), obra que dió motivo a los más furibundos ataques contra Las Casas, y de la cual existen numerosas ediciones; *De Thesauris* es un tratado sobre el Perú escrito en 1566, inédito hasta la fecha, aunque lo estaba transcribiendo y traduciendo al español el doctor Gabriel Méndez Plancarte, de México, cuando murió en 1949. Sigue todavía inédito también el *Argumentum Apologiae*, escrito para rebatir la idea aristotélica del "indio como esclavo por naturaleza".

Pero la obra básica del "Protector de Indios" por antonomasia, es su famosa *Historia de las Indias*, empezada a escribir en 1527; el manuscrito acompañó a su autor en todas sus peregrinaciones y viajes...; pero indudablemente pasaron largos períodos en que no pudo ocuparse de su redacción, como dice muy acertadamente Hanke: "Las Casas estuvo tan ocupado en hacer Historia durante los veinte años siguientes que tuvo poco tiempo para escribirla." El verdadero trabajo de recopilar y sistematizar sus materiales se inició en realidad en 1547 al regresar definitivamente a España. Terminó el manuscrito en 1566, el año de su muerte.

Por disposición testamentaria de Fray Bartolomé de Las Casas su obra quedó en poder de los frailes del Monasterio de San Gregorio (Valladolid), y no debía publicarse hasta transcurridos 40 años de su fallecimiento: "Y pasados aquellos cuarenta años si vieren que conviene para el bien de los indios y de España, la pueden mandar

imprimir para gloria de Dios y manifestación de la verdad principalmente." Pero el hecho es que tardó más de 300 años en editarse y casi 4 siglos para que se publicara el manuscrito original.

Gracias a la activa campaña emprendida por el historiador cubano José Antonio Saco, para convencer a la Real Academia de la Historia que debía revocar su acuerdo de 1832 prohibiendo publicar el manuscrito de Las Casas, se logró, en efecto, que la *Historia de las Indias* fuera impresa por primera vez en Madrid, en 1875, en 5 volúmenes. Dicha edición se hizo a base de una copia manuscrita que estaba en poder de la propia Academia de la Historia. Parece que se ignoraba entonces la existencia del original autógrafo de Las Casas.

En 1877 se reprodujo la edición de la *Historia de las Indias* en México (dos volúmenes), gracias a José María Vigil.

En fin, en 1929 se hizo en Barcelona otra edición de dicha obra, en 3 volúmenes, con prólogo de Gonzalo de Reparaz. Sin embargo, ninguna de ellas aportó materiales nuevos respecto a la de 1875.

Pero la Biblioteca Nacional de Madrid había adquirido en 1904 el manuscrito original de Las Casas, que estaba en posesión de un señor Alonso Fernández Balandrón. Dicho manuscrito consta de 3 volúmenes con 496, 491 y 495 folios respectivamente; allí la letra y las acotaciones son de Fray Bartolomé.

Según indica el editor, el eminente paleógrafo y bibliógrafo español Agustín Millares Carlo, teniendo en cuenta la índole de la Biblioteca donde iba a publicarse, así como la finalidad perseguida, no era posible la transcripción más o menos literal del manuscrito, por lo que se decidió a modernizar la ortografía, aunque conservando algunas formas típicas del lenguaje del autor. Es decir, que la importancia de esta versión moderna de la *Historia de las Indias*, de Las Casas, se justifica ampliamente: *a)* porque las ediciones anteriores no se hicieron sobre el manuscrito autógrafo y retocado de Fray Bartolomé sino sobre copias más o menos exactas del mismo; *b)* porque además dichas ediciones pueden considerarse actualmente fuera de mercado y, por tanto, fuera del alcance del lector corriente.

Dispuso Millares Carlo, para su benedictino trabajo, de un microfilm del manuscrito, facilitado por la Biblioteca Nacional de Madrid, y el lector puede imaginar el tiempo y la energía gastados en la versión de dicho original a un lenguaje del siglo XX, sin perder nada de su exactitud.

El Estudio Preliminar, de una personalidad como Lewis Hanke, dedicado desde hace muchos años al estudio e interpretación de Las Casas, resulta sencillamente espléndido en contenido y en forma de expresión. Son 86 pp. documentadísimas que dan una clara y exacta

idea del *cómo* y del *por qué* de la obra escrita por Fray Bartolomé. Los 9 apartados en que divide Hanke su trabajo son: El hombre y su obra; Composición de la *Historia de las Indias;* Los varios manuscritos de la *Historia de las Indias* conocidos en la actualidad; ¿Por qué se retrasó tanto la impresión de la *Historia de las Indias?;* Los viajes del manuscrito original de la *Historia de las Indias.* La urgencia española de escribir historia; Por qué escribió Las Casas historia; Las fuentes de Las Casas: humanas, impresas y manuscritas; Cómo empleó Las Casas sus fuentes; Interpretación de la obra de Las Casas como historiador.

En anterior ocasión, al comentar otra obra de Hanke,[1] hicimos referencia a la producción *lascasista* de este eminente historiador e hispanista norteamericano. Ahora podemos añadir que aunque este "Estudio preliminar" fuera la única aportación que sobre la obra del primer Protector de Indios escribiera Hanke, le colocaría, a nuestro juicio, a la cabeza de quienes con una objetividad digna del mayor aplauso ha analizado y calificado tan ilustre figura del indigenismo.

Pero la producción de Hanke en este campo de la investigación histórica sigue en marcha: acabamos de recibir su último trabajo, y esperamos tener en algún momento la oportunidad de comentarlo; nos referimos a: *Bartolomé de Las Casas. Bookman. Scholar and Propagandist* (Philadelphia, 1952. 119 pp.)

Del contenido de la *Historia de las Indias* no es posible hablar; el lector debe *beber* en la propia fuente, a la luz de la fiel versión de Millares Carlo y de la interpretación general de Hanke, lo que Fray Bartolomé nos ofrece como exacto relato de la Conquista desde el descubrimiento hasta 1520.

En fin, corroborando una vez más sus dotes de bibliógrafo e historiador, Millares Carlo ha realizado la gran tarea de confeccionar el Indice Analítico, gracias al cual es posible localizar en un apretado texto de 1,500 pp. los lugares geográficos, nombres propios, de temas tratados, etc. Comprende dicho Indice 110 pp. a doble columna; huelgan los comentarios sobre la vital importancia de este complemento en el conjunto de la obra.

A. Millares Carlo, L. Hanke y el Fondo de Cultura Económica merecen los plácemes y agradecimiento de cuantos se interesan por la Historia de América, por la magnífica fuente informativa que han puesto a nuestra disposición.

Juan Comas

---

[1] Lewis Hanke: "Bartolomé de Las Casas: Pensador político, historiador, antropólogo". *América Indígena,* X: 273-276. 1950.

Horse-drawn travois used in the parade at the Annual Crow Fair. U. S. A. *Photo: U. S. Indian Service*

POPULATIONS PRIMITIVES DU MARONI (GUYANE FRANÇAISE) por *André Sausse*. Institut Geographique National. París, 1951. 135 pp. Varios mapas. Fotografías.

El autor formó parte, como médico, de dos expediciones (1948 y 1949) a la cuenca del Maroni. Comienza su trabajo haciendo historia de los diversos ensayos de colonización realizados desde 1503. Las fechas de 1612, 1616, 1626, 1633, 1652, 1659, 1664, 1672, son algunos de los jalones que muestran el fracaso de tales intentos; hasta el momento en que Luis XVI decidió administrar directamente dicha Colonia, sustituyendo así el propio gobierno a las Compañías colonizadoras de tipo privado.

La población de la Guayana Francesa se compone de negros, blancos, amarillos e indígenas con un total aproximado de 26,000 habitantes. Nos ocuparemos aquí sólo de los aborígenes.

Al terminar el siglo XVII los jesuítas indicaban que la población autóctona era aproximadamente de 20 a 30,000 individuos. Luego, a mediados del siglo XVIII, la población indígena del territorio conocido actualmente como Guayana Francesa no excedía de 4 a 5,000. En un censo hecho por Lescallier en 1787 el número de indios por regiones era de: Approuague, 112; Kaw, 60; Kourou, 60; Mana y Maroni, unos 300; orilla francesa del Oyapoc, unos 300. Por último, a fines del siglo XVIII y principios del XIX entraron en la Guayana Francesa elementos de dos tribus aborígenes que hasta entonces habían vivido en la zona brasileña: *1)* Los Roucouyennes (visitados por Leblond en 1788), establecidos en el Alto Maroni y cuyo número se calculó entonces en 4,000.

2) Los Oyampi que entraron en la Guayana en 1817, estableciéndose en el Alto Oyapoc, en número aproximado de 5 a 6,000. En 1842 los Oyampoc habían sido diezmados por epidemias y otras causas; su número era ya apenas de algunos centenares.

Un censo cuidadoso levantado en 1848 dió el siguiente resultado:

13 Arawak, en las sabanas del Iraçoubo;
350 Emerillons, en el Camopi;
250 Galibis, en el Iracoubo, el Organabo y el Counamana;
20 Pirious, en el Alto Oyapoc;
200 Oyampis, en el Alto Oyapoc;
53 Marouanes, sobre el Approuague y el Oyapoc;
9 Nouragues, en el Alto Approuague.

Es decir, menos de 900 indígenas, de los cuales sólo 300 pertenecían a las tribus antiguamente conocidas en el territorio.

A fines del siglo XIX había en la zona únicamente representantes

de 5 grupos indígenas: Marouanes, Galibis, Emerillons, Oyampis y Roucouyennes. Inserta el autor una gráfica y 7 mapas que ilustran muy claramente la situación demográfica de estos indígenas desde 1674 a 1950. Los Marouanes han desaparecido, siendo sustituídos por los Palicours (Arawaks). Los Galibis y Roucouyennes pertenecen al grupo Caribe; los Emerillons y los Oyampis son Tupí-Guaraní.

El autor vivió sobre todo entre los Roucouyennes; de ahí que dedique breve espacio a los otros grupos. Los Galibis se calculan en 400 familias, distribuídas en dos lugares (desembocadura del río Mana y en el Iracoubo); es el único grupo indígena de Guayana que después de haber pasado por un largo período de decadencia demográfica señala actualmente una clara tendencia a aumentar su población. No son raras las familias con 6 a 8 hijos. Pese a su contacto con europeos y criollos parece que los Galibis no tienen con ellos ningún mestizaje y conservan vivas sus tradiciones esenciales. Desempeñan un papel relativamente importante en la vida económica de la región de Saint-Laurent gracias al manioc y pescado con que surten en abundancia el mercado. Su arte tradicional (cerámica y cestería) sigue en pie, aunque degradado parcialmente al hacerse objeto de comercio.

Pueden calcularse en un centenar los *Palicours* de la zona francesa. Viven en las orillas del río Ouanary, afluente del Oyapoc. Deyrolles (1916) y Paul Rivet (1921) realizaron en este grupo importantes estudios etnográficos.

Los *Emerillons* habitaban al comienzo de la colonización la zona de Inini y Alto Mana; como dichas regiones fueron innaccesibles a la colonización, este grupo permaneció mucho tiempo aislado. En 1931 Jacques Perret contó hasta 69 en las orillas del Tampoc. Actualmente se encuentran repartidos en dos aldeas: una en el Camopi (45 personas) y otra en el Tampoc (18 individuos). Están en plena decadencia, y opina el autor que se debe a una exagerada consanguinidad; sin embargo, su natalidad no es débil.

Los *Oyampis*, también del grupo amazónico Tupí-Guaraní, habitan a lo largo del Oyapoc y otros ríos de la misma región, pero ya en dominio brasileño. El doctor Heckenroth, administrador de la región del Oyapoc entre 1939 y 1942, visitó en muchas ocasiones a este grupo y procuró llamar sobre ellos la atención de los poderes públicos mediante informes históricos y etnográficos. Desgraciadamente —nos dice Sausse— dichos informes permanecieron ignorados hasta el punto de que uno de los sucesores de Heckenroth envió a Cayena una Nota, diciendo que ¡nunca había oído hablar de los Oyampis!

Según el autor, el número de Oyampis en la Guayana Francesa se

eleva actualmente a 125; calculando que un número similar habita al otro lado de la frontera brasileña.

Donde con mayor amplitud trata el autor el problema indígena es refiriéndose a los *Roucouyennes*, cuyo verdadero nombre es Ouayana, residentes en los confines guayano-brasileños, a orillas de los ríos Yari, Parou y alta cuenca del Maroni. Se calculan 150 en las riberas del Itany (Alto Maroni) y dos grupos similares en el Yari y el Parou (Brasil). Se señala como carácter importante y digno de mención de este grupo (así como de los Emerillons y Oyampis) que pertenece al tipo sanguíneo *O*. Desde luego sabemos que tal característica está sumamente generalizada entre los amerindios, cualquiera que sea su habitat dentro del Continente.

El paludismo ha alterado profundamente sus caracteres normales, especialmente con la presencia de vientres desmesurados, de color terroso; los niños —por la misma causa— ofrecen extremidades sumamente delgadas y vientres también deformes, lo cual les da un aspecto lamentable.

Un examen demográfico muestra: *a)* ligero predominio numérico del sexo masculino; *b)* prácticamente no existen individuos mayores de 50 años. Estas mismas observaciones corresponden a los Oyampis del Oyapoc. La duración normal de la vida es inferior a los 35 años. El grupo ofrece pruebas claras de estar en vías de extinción.

La Misión Fribourg-Leblanc (1947) hizo observaciones aún más graves entre los Oyampis del Oyapoc: en 11 familias del poblado de Alicoto había 16 niños vivos y 15 fallecidos, o sea casi el 50 % de mortalidad infantil. En cambio, en la aldea de Piraouiri, aislada totalmente en una región inaccesible, en 6 familias se encontraron 12 niños vivos y ninguno fallecido. Y añade el doctor Sausse: "On voit lá encore l'influence desastreuse du contact des autres populations" (p. 102).

Pasa luego revista, de manera superficial aunque con datos de interés, a la vida material (viviendas, cultivos, caza y pesca, animales domésticos, alimentación, higiene, vestido y adorno, industria), organización y costumbres, constitución de la familia, vida espiritual, etc., en cuya descripción no podemos detenernos.

La patología de los indios del Alto Maroni es estudiada con más detalle. Como observación de carácter general indica la existencia de una epidermis íntegra, es decir, tegumentos intactos, sin las infecciones cutáneas que presentan generalmente los negros: no hay micosis, úlceras, ni afecciones dermotropas; la lepra y el pian son desconocidas entre los Roucouyennes, salvo algún caso muy excepcional. En cambio, el paludismo y las fiebres en general son normales en este grupo

indígena, y contra ello carecen de resistencias fisiológicas especiales; su organismo agotado por deficiencia de alimentación, etc., no resiste al paludismo. Igualmente graves son las pneumopatías (bronquitis febriles, pneumonías dobles) que se presentan en muy elevados porcentajes. Vuelve a señalar el autor que el comienzo de tales epidemias suele coincidir con el paso de europeos por el lugar, o con el regreso de indios que han ido a la costa.

La tuberculosis no ha sido señalada entre los Oyampis ni los Roucouyennes. Douvier cree que existía en 1938 entre los Emerillons.

Un último capítulo nos interesa particularmente. Se titula "Causas de la extinción de los indios de la Guayana. Medidas que deben tomarse". Parte el autor de dos observaciones que considera comprobadas:

a) las tribus del interior van desapareciendo lenta e inexorablemente; nada permite pensar en una detención espontánea de este proceso iniciado con la llegada de los europeos a la Guayana. Sólo una acción médica continuada y perseverante podría salvarlos;

b) por el contrario, dos tribus de la zona costera, Galibis y Palicours, han sobrevivido sin ayuda exterior y actualmente presentan clara tendencia a un incremento demográfico, después de haber estado amenazadas, durante los dos últimos siglos, de una extinción total. Estos grupos costeros tienen asegurada una mejor y más regular alimentación; además disponen de sal en todo momento e incluso utilizan ciertos alimentos de importación, como azúcar, etc. Quizá todo ello les dé más resistencia al paludismo.

El autor señala las causas invocadas en general para justificar esta extinción: guerras, envenenamientos y dispersión hacia el interior; y con lógica irrebatible rechaza las tres posibles explicaciones.

Por su parte ofrece otras: epidemias, débil natalidad, sub-alimentación, consanguinidad y debilitamiento de la sociedad tradicional bajo la influencia de desacertadas tentativas de civilización. Las examina brevemente y termina con el análisis de lo que llama "influencia nefasta de nuestra civilización". He aquí sus palabras: "incapaces de adaptarse a nuestras formas de vida, los indios han padecido, bajo la influencia de tentativas civilizadoras desacertadas, un evidente empobrecimiento psíquico que puede definirse así: la sociedad primitiva se disgrega, los jefes dejan de ser obedecidos, y las tradiciones, tan necesarias para su desenvolvimiento psicológico, dejan de practicarse".

Para el doctor Sausse existen diferencias de orden psíquico que separan a los hombres (aunque en nuestros días muchos las niegan y otros no las toman en cuenta), y protesta contra la idea de educar a los niños indígenas en escuelas para blancos, en enseñarles una forma

de civilización basada en nuestro rigor mental, en nuestro poder de abstracción, en nuestra necesidad de conocimientos y en nuestro amor a la verdad, cuando ellos [los indígenas] "ne possèdent aucunement ces propriétés mentales et qu'aucune forme d'éducation ne les développera jamais chez eux" (*carecen totalmente de estas características mentales y ningún tipo de educación podrá desarrollarlas en ellos)* (p. 127). Añade un poco más adelante: "les poisons psychiques contenus dans notre civilisation degradent l'âme indienne sans qu'aucune adaptation puisse se faire" *(los venenos psíquicos contenidos en nuestra civilización degradan el alma del indígena sin que pueda lograrse ninguna adaptación).*

Como solución propone sobre todo "el aislamiento máximo de los indios respecto a los otros grupos de población" (p. 128).

Estamos en todo de acuerdo con el autor en los riesgos y graves peligros del choque de la cultura indígena con la llamada "occidental" o blanca, cuando el contacto se establece sin las debidas precauciones de todo tipo que eviten el desequilibrio psicológico, con la consiguiente destrucción de los valores aborígenes sin sustituirlos por los equivalentes de nuestra propia cultura; igualmente estamos de acuerdo en que esta asimilación o aculturación debe hacerse gradualmente y conservando todos los elementos culturales de valor positivo existentes en lo que se ha dado en llamar "pueblos primitivos".

Pero rechazamos con toda energía la afirmación —por lo demás enteramente gratuita y sin ninguna base objetiva que le sirva de apoyo— de que la mentalidad indígena, su vida espiritual, es tan distinta de la del blanco que "ninguna tentativa de educación podrá lograr nunca desarrollar en ellos las cualidades de abstracción, rigor mental y amor a la verdad" que el doctor Sausse considera peculiares y exclusivas del hombre blanco. Creemos inútil argumentar en este sentido frente a esa clara tendencia discriminatoria: Klineberg, Leiris, Rose, Montagu y tantos otros investigadores contemporáneos, han demostrado que no existen diferencias básicas, fundamentales y menos aún irreductibles, que separen la mente indígena de la blanca, ni entre ningún otro grupo humano. Recordamos a este respecto la magnífica experiencia de Jehan Vellard con Marie-Ivonne, niña guayaki recogida hace 20 años y trasplantada con pleno éxito —por decirlo así— a un medio europeo 'civilizado'.[1] Y no es superfluo señalar también que la escuela psicológica y sociológica creada y alentada durante 30 años por Levy-Bruhl, sosteniendo la existencia de una mentalidad primitiva prelógica y claramente distinta de la "civilizada" (aunque ignoramos que Levy Bruhl negara la posibilidad de rebasar dicha etapa y llegar

[1] *El Correo.*—Unesco, Vol. III, Nº 8, septiembre de 1950.

a la mentalidad lógica del blanco), ha sido superada por su propio creador; las Memorias de tan eminente sabio francés, publicadas años después de su muerte (*Les Carnets de L. Levy-Bruhl*, París, 1949), son prueba evidente de que al finalizar su vida reconoció el error de ese punto básico en su famosa teoría.

Recordemos, en fin, las palabras del eminente psicólogo de Columbia University, Otto Klineberg: "No es cierto que las razas o los grupos étnicos presenten diferencias psicológicas hereditarias. Tal afirmación carece de base"... "la gama de capacidades, así como la frecuencia con la cual los diferentes grados de aptitud se transmiten por herencia son, poco más o menos, las mismas en todos los grupos raciales".

Podríamos resumir este ya largo comentario diciendo que concedemos toda la importancia que se merece al trabajo del doctor Sausse en cuanto a los datos objetivos, de observación directa, que contiene respecto a estos grupos indígenas, realmente poco conocidos y más olvidados. Pero nuestra posición es totalmente opuesta a la suya en cuanto a interpretación de *cómo* salvaguardarlos y lograr su mejoramiento socio-económico y cultural. El *aislamiento* que propone el autor es sencillamente antihumano; es pensar todavía en las reservaciones como solución al problema del aborigen americano; los indígenas no son fieras exóticas a las que se deba aislar en parques zoológicos... *Sí;* hay que evitar los contactos bruscos con la civilización; hay que evitar sobre todo los contagios de enfermedades contra las cuales no están inmunizados, ni siquiera prevenidos. Pero nuestros autóctonos son seres humanos, y el hecho de que algunos de ellos habiten territorios coloniales no da el menor pretexto para pretender disminuir los derechos que para todos fija la Carta de las Naciones Unidas y el sentimiento de humanismo que creo deben poseer los hombres que se llaman "civilizados".

Hay que salvaguardar los valores materiales y espirituales del indígena que sean beneficiosos para su vida; procurar desarraigar los que son perjudiciales, sustituyéndolos con los que la civilización "occidental" proporcione; y, sobre todo, darles los mismos medios económicos y culturales que al resto de los hombres.

Y no tema el doctor Sausse que sean nulos los esfuerzos de la escuela, ni de cualquier otro medio educativo, cuando se apliquen a los indígenas de la Guayana Francesa. Hay miles de experiencias a su alcance para demostrarle lo que el pueblo indígena de muchos países del Continente —donde forman un elevado porcentaje de la población total, cuando no la mayoría absoluta— es capaz de hacer si se le pone en condiciones adecuadas para ello. Prueba palpable y muy cercana —geográficamente hablando— la tiene en la magnífica

labor que desde 1910 viene realizando en el Brasil el Serviço de Proteção aos Índios y más tarde el Conselho Nacional de Proteção aos Índios, bajo la sabia dirección del gran indigenista General Cândido M. da Silva Rondon. Y no es precisamente labor aislacionista, sino todo lo contrario.

Y no tema tampoco el doctor Sausse al mestizaje, como parece deducirse de su libro; las máximas autoridades en Genética pueden decirle de manera definitiva cómo el mestizaje, en sí mismo, no es bueno ni malo; todo depende de la calidad de los productos que se mezclen... El propio autor incurre, además, en contradicción sobre este punto: habla de la consanguinidad como una de las causas de la decadencia del grupo (p. 126), y más adelante (p. 128) señala como factor de regeneración el total aislamiento del mismo, lo que implica forzosamente las uniones consanguíneas. Y podríamos señalar otros casos similares.

Nos causa cierto asombro, y pesar al mismo tiempo, que una institución oficial francesa patrocine obras como la del doctor Sausse, cuyo peligro es todavía mayor por encubrir la peligrosa doctrina discriminatoria bajo una *excelente* capa de verdadera información objetiva de carácter histórico, etnográfico y médico.

Juan Comas

El *Instituto Indigenista Interamericano* no es responsable por el contenido de los artículos firmados.

The *Inter-American Indian Institute* is not responsible for statements presented in signed articles.

Habitaciones de los Otomíes. El Nith, Hgo. (México) *Foto: Neill James*